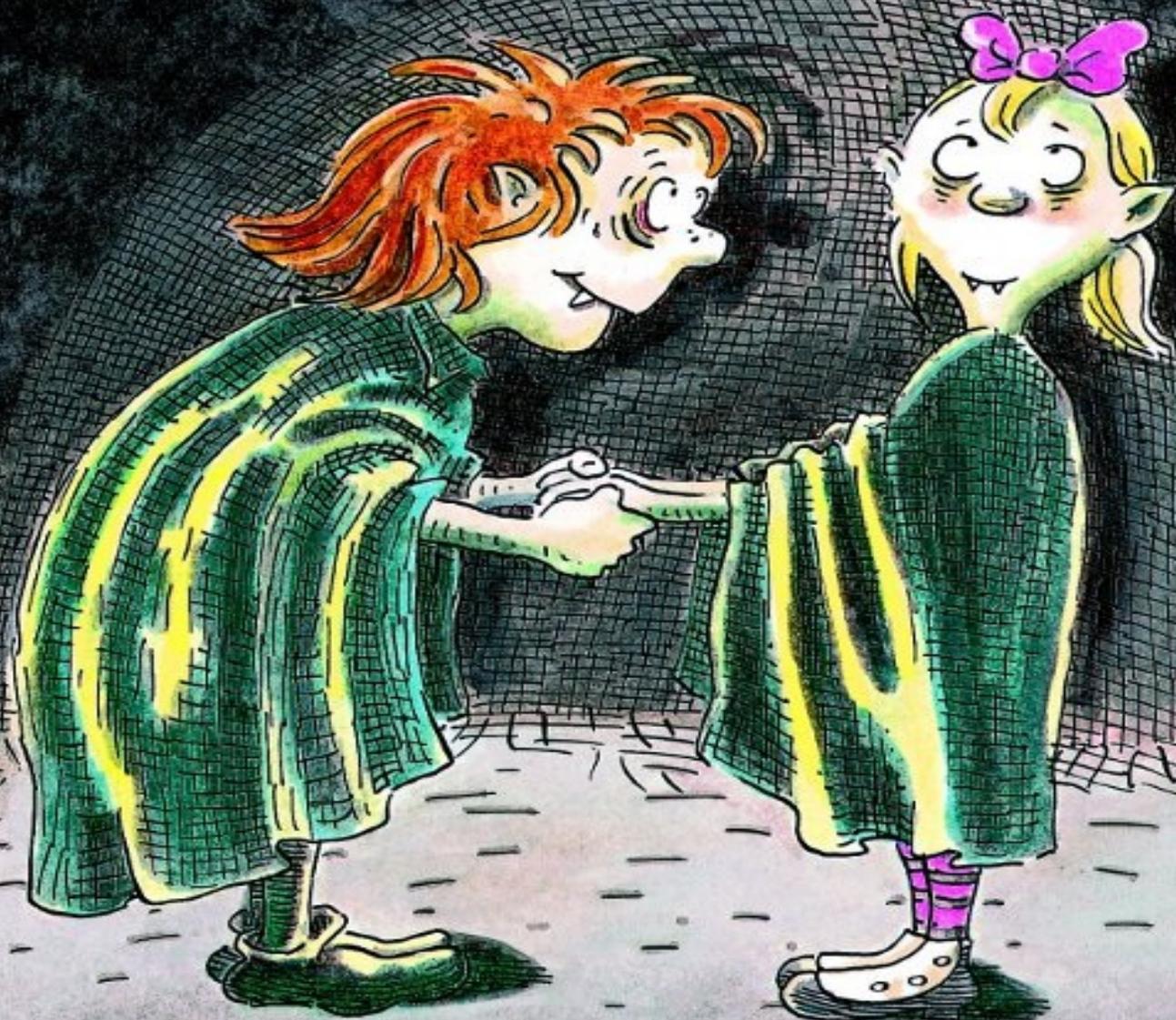


El Pequeño Vampiro

y el gran amor



ANGELA SOMMER-BODENBURG

de

Anna está muy enfadada. Tal y como estaba previsto, la remilgada prima Olga von Seifenschwein de Transilvania ha venido de visita. Rüdiger se ha enamorado enseguida de ella y hace todo lo que Olga le manda. También la tía Dorothee hace lo que está en su mano para que la estancia de su consentida sobrina sea todo lo agradable posible. Más tarde, Olga consigue que Anton haga una fiesta en su casa. La fiesta se desmadra y Rüdiger y Olga convierten el salón de los Bohnsack en un campo de batalla, lo cual pasa a ser un desastre completo cuando los padres de Anton llegan a casa y ven lo ocurrido. Para más problemas, el padre de Anton le hace una fotografía a Anna y el flash de la cámara daña los ojos de la niña-vampiro.



Angela Sommer-Bodenburg

El pequeño vampiro y el gran amor

El pequeño vampiro -5-

ePUB r1.0
Eibisi 28.07.13

Título original: *Der kleine Vampir und die große Liebe*

Angela Sommer-Bodenburg, 1985

Traducción: José Miguel Rodríguez Clemente, 1989

Ilustraciones: Amelie Glienke

Editor digital: Eibisi

ePub base r1.0



*Este libro es para Burghardt Bodenbug, que ahora, por fin, tiene dientes de vampiro (por el dentista),
para Katja y para todos los que todavía creen en el gran amor..., como yo*

Angela Sommer-Bodenburg



A Anton le gusta leer historias emocionantes y espantosas. Especialmente le encantan las historias de vampiros, de cuyas costumbres está totalmente al corriente.



Rüdiger, el pequeño vampiro, es vampiro desde hace por lo menos ciento cincuenta años. El hecho de que sea tan pequeño tiene una razón sencilla: se convirtió ya de niño en vampiro. Su amistad con Anton empezó estando una vez Anton nuevamente solo en casa. Allí estaba de repente el pequeño vampiro sentado en el poyete de la ventana. Anton temblaba de miedo, pero el pequeño vampiro le aseguró que ya había «comido». Realmente, Anton se había imaginado a los vampiros mucho más terribles y, después de que Rüdiger le confesara su predilección por las historias de vampiros y su temor a la oscuridad, le encontró verdaderamente simpático. A partir de entonces la vida bastante monótona de Anton se volvió muy emocionante: el pequeño vampiro trajo consigo también una capa par a él, y juntos volaron hacia el cementerio y la Cripta Schlottertein. Pronto conoció Anton a otros miembros de la familia de vampiros.



Anna la Desdentada es la hermana pequeña de Rüdiger. No le han salido todavía dientes de vampiro, de forma que ella es la única de la familia de vampiros que se alimenta de leche. «¡Pero ya no por mucho tiempo!», matiza ella. También lee historias horripilantes.



Lumpi el Fuerte, hermano mayor de Rüdiger, es un vampiro muy irascible. Su voz, a veces alta, a veces chillona, demuestra que él se encuentra en los años de crecimiento. Lo único malo es que no

saldrá nunca de este difícil estado, porque se convirtió en vampiro durante la pubertad.



Los padres de Anton no creen en vampiros. La madre de Anton es maestra; su padre trabaja en una oficina.



Tía Dorothee es el vampiro más sanguinario de todos. Encontrarse con ella después de ponerse el sol puede resultar mortalmente peligroso.



El guardián del cementerio, Geiermeier, persigue a los vampiros. Por eso los vampiros han trasladado sus ataúdes a una cripta subterránea. Hasta hoy, Geiermeier no ha conseguido encontrar el agujero de entrada a la cripta.

A los restantes parientes del pequeño vampiro no llega a conocerlos Anton personalmente. Pero ha visto una vez sus ataúdes en la Cripta Schlotterstein.

Ella

Cansado y hambriento, Anton volvió del curso de cerámica a casa. Abrió la puerta de la vivienda y comprobó con alegría que olía a patatas recién asadas. Colgó rápidamente su chaqueta en el guardarropa y fue a la cocina.

Su padre estaba sentado a la mesa cortando pepinos en pequeñas rodajas.

—Hola, Anton —dijo, y con una misteriosa sonrisa añadió:

—Tienes visita.

—¿Yo? ¿Visita?

—Sí. Ella te está esperando en tu habitación.

—¿Ella? —repitió desconcertado Anton—. ¿En mi habitación?

Su padre se rió irónicamente.

—Te estás poniendo muy colorado.

—¡De ninguna manera! —repuso Anton.

¡Ella seguro que podía escuchar todo!

Susurrando, preguntó:

—¿Y quién es?

Su padre se rió..., y no dijo nada más.

Anton abandonó la cocina lleno de ira. Una chica..., en su casa..., a las siete y media de la tarde... ¡No sabía si tenía que alegrarse o enfadarse! Abrió cautelosamente la puerta de su habitación..., y vio a Anna sentada en su cama.

Tenía la luz encendida y estaba leyendo con la cabeza inclinada hacia delante. Sus cabellos castaños estaban cuidadosamente peinados y se la hubiera podido tomar por una chica completamente normal... ¡de no ser por el ligero olor a moho y su negra y raída capa de vampiro!

Anton entró en la habitación, tomó aire profundamente y dijo:

—¡Buenas tardes, Anna!

Ella levantó la vista del libro. Cuando reconoció a Anton, sus pálidas mejillas se tiñeron de rosa.

—¡Anton! ¡Al fin volvemos a vernos!

Dejó su libro a un lado y fue hacia él sonriendo. Anton miró fijamente su boca aterrado: ¡sus colmillos se habían vuelto largos y afilados!

Ella advirtió su mirada y enrojeció.

—No tienes por qué tener miedo —dijo—. Yo a ti nunca te haré nada.

A Anton le zumbaba la cabeza y no sabía que decir.

—¿Es que no te alegras? —exclamó ella.

—¿Alegrarme? ¿De qué?

—¡De que yo sea ahora un auténtico vampiro! Ahora Rüdiger ya no puede decirme Anna la Desdentada, la única de la familia que se alimenta de leche. Ahora me llamo ¡Anna la Valiente!

Ella se estiró riéndose.

—¡Vaya cara de vinagre que pones! —exclamo después sorprendida.

—Yo... —murmuró Anton, que había retrocedo hasta la puerta—, es que tengo que acostumbrarme primero a tus ejem... dientes de vampiro.

—Sí, yo también —asintió ella—. Todo ha cambiado tanto de repente... ¡Sólo tu..., sigues gustándome exactamente igual que antes!

Anton notó cómo se ponía colorado. Rápidamente volvió la cabeza y miró hacia la ventana. Estaba cerrada.

—¿Cómo has entrado en realidad? —Pregunto..., contento de hablar de un tema menos comprometido.

—¡Por la puerta! He subido en el ascensor y he llamado al timbre.

—¿No tenías miedo de mis padres?

—A tu madre no la he visto. Pero tu padre se ha reído irónicamente y me ha preguntado que si iba otra vez a una fiesta de disfracés. Yo le he dicho que sí, que celebrábamos hoy el carnaval en el club de gimnasia.

Se frotó las manos riéndose entre dientes.

En aquel momento llamaron a la puerta y entró en la habitación el padre de Anton.

—Ah, vosotros dos —dijo haciendo un guiño a Anton—. ¿Habéis estado charlando a gusto?

—Sí —gruñó Anton, indignándose por el tono de complicidad de su padre—, hasta que tú has venido, sí.

—Ahora tengo que marcharme —dijo Anna estirándose la capa.

—¿Marcharte? —exclamó el padre de Anton—. ¡Pero si vamos a cenar en seguida! Y he puesto a propósito taquitos de queso y un gran vaso de leche para ti... ¿No era esa tu comida favorita?

A Anton le corrieron escalofríos por la espalda. Pero Anna se quedó tan tranquila.

—Muchas gracias —dijo—. Es usted muy amable. Pero no puedo acompañarles en la cena. Es que en el club de gimnasia vamos a tener salchichas y ensaladas de patatas.

Dicho esto le estrechó la mano al padre de Anton, dijo «Adiós, hasta el próximo día», y se marchó.

Anton la acompañó hasta el ascensor.

—¿Volvemos a vernos mañana? —preguntó ella con una sonrisa cariñosa.

—No..., no sé —tartamudeó.

—¡Mañana es sábado! —dijo—. ¿No se van tus padres siempre los sábados?

Asintió titubeando.

—Sí.

—Entonces también nosotros dos podemos hacer algo —opinó ella—. Al fin y al cabo tenemos un motivo para celebrarlo.

Llegó al ascensor y ella se montó.

—¿Para celebrar qué? —preguntó Anton.

—Que ya no soy Anna la Desdentada —contestó radiante, y antes de que Anton pudiese

replicar algo, cerró la puerta del ascensor.

Figuras de barro de fabricación propia

Cuando Anton entró en la cocina, sus padres ya estaban sentados a la mesa comiendo.

—¡Helga, hay que ver lo que te has perdido! —dijo el padre de Anton.

La madre levantó la vista de su plato.

—Ah, ¿sí? ¿El qué?

—¡Anton ha tenido visita!

—¿Visita?

—Sí. Si no hubieras estado tan enfrascada en tu habitación con las redacciones, habrías podido ver a la novia de Anton.

—¿La novia de Anton? —repitió asombrada—. No sabía que tuviera novia.

—¡Es que no la tengo! —dijo Anton colérico.

El padre disfrutaba visiblemente con la indignación de Anton.

—¡Tenías que haberles oído a los dos! Se han arrullado como dos tortolitos.

—¡Ja, ja, ja! —dijo simplemente Anton.

Los comentarios de su padre no le parecían nada graciosos.

—¿Y quién es la chica? —preguntó la madre.

—Anna —contestó el padre—. La de la capa de vampiro.

Se rió como si se tratara de un buen chiste. Pero la madre de Anton permaneció seria.

—¿Anna...? ¿Aquella chica fantasmagóricamente pálida que estuvo aquí una vez con su hermano? ¿La de los dedos huesudos y los oscuros cercos en los ojos?

—¡Pero si eso forma parte de su disfraz de vampiro!... —dijo despreocupado el padre.

—¡Exacto! —dijo apresuradamente Anton—. Y además, no puedo soportar que metáis las narices en mis asuntos.

—¿En tus asuntos? —repuso su madre fríamente—. Tendremos que hablar aún un par de palabritas en cuanto a las amistades de nuestro hijo. Sobre todo si se trata de esos hermanos con sus horribles capas. ¡Para ti ésa no es precisamente la compañía adecuada! —¿Y por qué no?

—Porque lo único que hacen ellos es empeorar tu manía por los vampiros.

—¿Manía por los vampiros? —dijo Anton desconcertado.

—¡Sí, señor! Vampiros, se mire por donde se mire en tu habitación, siempre ve uno lo mismo: cuadros de vampiros en la pared, libros de vampiros en la estantería, y si pudieras estarías viendo películas de vampiros desde la mañana hasta la noche!

Anton tuvo ahora que reírse irónicamente contra su voluntad.

—Sí, ¿y qué? —dijo.

—¿Es que no podemos hablar de otra cosa? —dijo el padre—. Cuéntanos, Anton, qué tal fue la cerámica.

—¿La cerámica? ¿Cómo quieres que haya ido...?

—¿No te has traído ningún trabajo?

—Sí...

—¿Y bien? ¿No nos lo vas a enseñar?

—No sé...

—¿Porqué?

—No creo que le guste a mamá —dijo Anton reprimiendo una risa.

—¿Por qué no iba a gustarme? —contestó su madre—. A mí me gustará todo lo que hayas hecho tú mismo.

—¿Tú crees? —dijo Anton.

Sacó de su chaqueta dos figuras de barro y las colocó encima de la mesa, exactamente frente a la fuente de los pepinos.

Su madre pegó un grito.

—¿Vampiros?

—¡Vampiros! —corroboró Anton observando orgulloso las dos figuras de barro.

Llevaban capas negras y tenían rostros blancos como la cal. Entre sus labios, que Anton había pintado de un rojo reluciente, asomaban agudos dientes de vampiro.

Su madre suspiró en voz baja.

—Y yo que pensaba que modelarías algo razonable...

—¿Por qué? Si me han salido estupendos... ¡Nuestro profesor de arte me pondría un sobresaliente por ellos!

—Me habría gustado tanto un florero...

—Sí... —dijo Anton.

Echó una mirada a su padre y con una alevosa risa irónica añadió:

—Además, ¿para qué necesitas un florero? ¡Si a ti nadie te regala flores...!

Silbando de buen humor se fue a su habitación.



Romeo y Julieta

La tarde siguiente, los padres de Anton se pusieron en marcha poco después de las seis.

Querían ver «Romeo y Julieta» y aún no tenían entradas para el teatro.

Anton estaba en el pasillo mientras ellos se ponían los abrigos.

—¿Vosotros no sois ya demasiado viejos para eso? —preguntó.

—¿Demasiado viejos? ¿Para qué? —contestó su padre.

—Bueno... Romeo y Julieta eran una pareja muy joven de enamorados...

Su padre se rió.

—Seguro que piensas que el amor es solo para la gente joven.

—Además, nosotros vamos a verlo y no a salir al escenario —completó la madre de Anton yendo hacia la puerta—. ¡Buenas noches!

El padre la siguió.

—¡Que duermas bien..., Romeo! —dijo, y cerró la puerta.

Anton estuvo a punto de atragantarse.

Menos mal que su padre no sabía cuánta razón tenía: desde la visita de Anna se sentía realmente como Romeo.

Se fue a su habitación y encendió la televisión.

Una pareja, vestida de rosa, cantaba: Sólo tú, tú, tú y yo...

«¡Qué estupidez!», pensó Anton. Pero por lo menos viendo la televisión se pasaba el tiempo algo más rápido.

Cuando llamaron a la ventana saltó tan precipitadamente que estuvo a punto de caerse.

Fuera estaba Anna.

—Hola —dijo—. ¿Estás solo?

—Sí —carraspeó Anton—. Pero entra...

—Gracias.

Ella sonrió y saltó desde el poyete de la ventana.

¿Dónde está el hombre, el hombre para mí...? Llegó una voz de mujer procedente de la televisión.

—Música... —dijo Anna embelesada.

Se puso muy cerca del aparato.

—¿La conoces?

—¿A quién?

—A la cantante.

—No.

—¡Mira qué vestido más bonito lleva! Tan blanco..., como la nieve recién caída.

—A mí me parece que va demasiado emperejilada.

—¿Emperejilada? Pero seguro que el vestido ha costado mucho dinero.

—Por eso.

—¡Y yo que creía que a ti te parecía estupenda!

—Tú me pareces mucho, mucho más estupenda —repuso Anton... y se puso colorado hasta las orejas.

—¿De veras? —preguntó Anna con ojos radiantes.

—Sí —dijo apocado apagando la televisión—. ¿Nos vamos?

—¡Nos vamos volando! —corrigió Anna sacando una segunda capa de debajo de la suya—.

¡Toma, para ti! —dijo—. ¡Del ataúd de Tío Theodor!

Anton, con un estremecimiento, reconoció la vieja capa de vampiro con olor a moho que él ya se había puesto a menudo. Aquella capa era antes de Tío Theodor..., antes de que el guardián del cementerio, Geiermeier, le hubiera atravesado el corazón con una estaca de madera.

Anton se la puso angustiado.

Luego extendió los brazos, los movió a la par arriba y abajo... y flotó.

—¡Vamos! —dijo Anna lanzándose hacia la noche.

Todavía un poco inseguro, Anton salió volando detrás de ella.

Novedades

La luna brillaba clara y el aire era limpio y fresco. Anton se sintió ligero de repente y sin quererlo soltó un pequeño grito de alegría.

—¿Tú también lo sientes? —preguntó Anna con voz conmovida.

—¿El qué? —preguntó Anton.

—Este ambiente...; como si la luna lo hubiera hechizado todo. La torre de la iglesia que hay allí..., podría ser la torre de un castillo. Y los árboles de delante parecen centinelas.

—Sí. Y aquel árbol grande y gordo parece un caballero montado en un caballo.

—No, más bien parece Tía Dorothee —dijo Anna riéndose entre dientes.

Anton se asustó.

—¿Tía Dorothee? ¿Dónde?

—En ningún sitio —le tranquilizó Anna—. Sólo que ese árbol abombado me la ha recordado. Pero eso realmente ya no es cierto, porque Tía Dorothee ha adelgazado muchísimo. ¡Ahora siempre tiene que repartir todo..., con Olga!

—¿Quién es Olga?

—Su sobrina. Pero ya te lo contaré después..., cuando estemos en la cripta.

—¿En la cripta?

Anton se sintió muy extraño.

—¿No habías dicho que íbamos a hacer algo?

—Sí. Sólo quiero darte algo antes..., ¡un regalo!

—¿Un regalo?

Anton no estaba del todo seguro de si realmente lo quería.

—Está en mi ataúd —declaró Anna.

—¿No podías habértelo traído?

Ella se rió entre dientes.

—Tienes que recogerlo tú mismo.

¡A Anton no le pareció precisamente muy tentadora la idea de ir con Anna a la cripta de los vampiros y quizá encontrarse allí con alguno de sus sanguinarios parientes!

—¿Y..., los demás vampiros? —preguntó temeroso.

—... Se han marchado.

—¿Y Tía Dorothee? ¿Y Olga?

—¡... Ellas también!

Si aquello fuera verdad... En todas las visitas que había hecho hasta entonces a la cripta había sucedido algo inesperado. Una vez estuvo a punto de atraparle Tía Dorothee...

—Yo..., yo preferiría esperar fuera —dijo.

—¿Fuera? Eso es mucho más peligroso —contestó Anna—. Geiermeir se pasea ahora casi todas las noches por el cementerio en compañía de su nuevo jardinero.

—¿Tiene un jardinero?

Anna asintió sombría.

—Schnuppermaul. Es de Stuttgart.

—¡Ahí va!... ¿Y desde cuándo?

—Desde hace exactamente tres semanas. Vi cómo delante de la casa de Geiermeir había un gran camión de muebles y cómo metían las cosas de Schnuppermaul en la casa. La noche siguiente habían puesto en la puerta un letrero de cartón: SCHNUPPERMAUL, Jardinero. Y el tal Schnuppermaul apesta también a ajo y tiene los bolsillos llenos de afiladas estacas de madera... ¡Exactamente igual que Geiermeir!

Hizo una pausa.

—¡Pero una de estas noches van a saber quién soy yo! —dijo después furiosa agitando sus pequeños puños—. Al fin y al cabo yo soy Anna la Valiente.

—¿Qué es lo que vas a hacer cuando llegue la ocasión? —preguntó Anton.

—Ya se me ocurrirá algo —dijo ella, pero su voz sonó algo apocada.

—Me gustaría ayudarte —dijo Anton.

—¿De veras? ¡Oh, Anton! ¡Te daría un beso!

—Me..., mejor no —tartamudeó Anton—. Si..., si no, nos vamos a caer. Y además: allí delante está ya el cementerio.

Señaló el viejo muro gris del cementerio, que estaba delante de ellos.

El rostro de Anna adoptó una expresión tirante.

—¡Debemos tener cuidado! —dijo cogiendo la mano de Anton.

Aminoraron la velocidad de su vuelo y aterrizaron sobre la alta hierba que había tras el muro del cementerio.

El regalo

Era el último rincón del cementerio. Allí ya no había tumbas bien cuidadas, ni setos podados con esmero, ni caminos rastrillados..., solamente cruces torcidas y lápidas volcadas. Todo estaba abandonado y descuidado.

Lleno de malestar, Anton miró el alto abeto bajo el que se encontraba el agujero de entrada a la cripta. ¡Ojalá tuviera razón Anna y de verdad se hubieran marchado todos los vampiros!

—¡Seguro que no hay nadie en la cripta! —oyó entonces decir a Anna.

Se estremeció sorprendido.

—¿Es que sabes leer el pensamiento?

Ella se rió en voz baja.

—No. Pero la expresión de tu cara me ha dicho en qué estabas pensando.

—¿Y si Tía Dorothee está otra vez desmayada en el ataúd? —objetó Anton..., con la esperanza de lograr quizá disuadirla a pesar de todo su empeño en recoger el regalo.

—No. Está dando clases a Olga en el parque de la ciudad. Pero eso te lo contaré todo en la cripta.

—¿Y Geiermeier? ¿Y Schnuppermaul? —intentó evitarlo una vez más Anton.

—Están al otro lado del cementerio. Puedo oír sus pasos en el camino de grava.

—¿Y..., Rüdiger? ¿Dónde está?

Era el último intento de hacer desistir a Anna de entrar en la cripta.

—¡Rüdiger! ¡Rüdiger! ¡Yo te soy indiferente! ¿No? —exclamó ella.

—Claro que no —aseguró él.

—Para que lo sepas: ¡Rüdiger tiene ahora a alguien más! —declaró con voz áspera.

—¿Qué..., qué quieres decir con eso?

—Eso lo vas a saber en seguida. ¡Vamos!

Sin esperar la respuesta de Anton, corrió hacia el abeto y echó a un lado la piedra que ocultaba el agujero de entrada.

Luego desapareció.

Anton la siguió temblándole las rodillas... ¡Pero era mejor entrar con ella en la cripta que quedarse solo en el cementerio y caer, quizá, en manos de Geiermeier y Schnuppermaul!

Seguro que creerían que era un vampiro..., al fin y al cabo llevaba puesta la capa de Tío Theodor.

Se dejó resbalar con precaución dentro del estrecho pozo y aterrizó en una pequeña caverna: la antesala de la cripta. Apresuradamente volvió a correr la piedra sobre el agujero y llegó a la escalera que conducía abajo.

De la cripta venía un débil resplandor y olía a podredumbre y a moho.

—¿Anna? —exclamó.

—¡Sí! —oyó la voz de ella—. Aquí no hay nadie..., sólo nosotros dos.

Anton suspiró aliviado y siguió andando lentamente. A cada paso el olor a moho se hacía más fuerte.

Vio finalmente a Anna. Estaba sentada encima de su ataúd, había encendido una vela de la pared y le miraba expectante. Sus labios estaban un poco abiertos..., pero no tanto como para que no quedaran cubiertos sus afilados colmillos.

Seductivamente, le señaló el sitio que había a su lado.

—¡Pero siéntate!

—En..., en seguida —tartamudeó Anton, que prefería no acercarse tanto a ella—. ¡Yo..., voy a echar primero un vistazo por la cripta! ...¡Parece tan cambiada...! —añadió.

Aquello además era cierto: ahora había un ataúd completamente solo en la esquina. ¡Era..., el ataúd del pequeño vampiro!

—¿Por qué no está el ataúd de Rüdiger con los demás? —preguntó—. ¿Ha hecho algo?

—Sí —corroboró Anna riéndose entre dientes—. Si te sientas a mi lado te lo contaré, ¿vale?

Pero Anton prefirió quedarse de pie. Señaló un extraño armazón de madera que estaba apoyado en la pared.

—¿Qué es eso?

—Un ataúd plegable.

—¿Un ataúd plegable?

Observó con curiosidad el armazón negro, que le recordaba el biombo de su abuela.

—¿Y de quién es este chisme?

—De Olga —contestó ella con voz de ultratumba.

—¿Puedo montarlo? —preguntó Anton acariciando las viejas y herrumbrosas bisagras.

—¡No! —dijo Anna imperiosa.

—Pero..., ¿es que me interesa saber cómo se hace!

—¡Y yo no debo interesarte en absoluto! —exclamó colérica—. ¡Desde que has llegado ni siquiera me has preguntado por el regalo!

El cambió de actitud rápidamente.

—¡Ah, sí, el regalo! ¿Y qué es?

Ella saltó del ataúd y levantó la tapa.

—¡Aquí está! ¡Para ti!

Anton se acercó de mala gana al ataúd y miró dentro. Encima de la almohada roja, que estaba ya gastadísima, descubrió un pequeño paquetito envuelto en papel de plata.

Anna le observaba en tensión y sin respirar.

Al ver que él dudaba, exclamó con impaciencia:

—¿No vas a abrirlo?

—Sí...

Desenvolvió el paquete con dedos temblorosos. Apareció un chupete... ¡El chupete de Anna! Horrorizado, miró fijamente la cosa vieja y mordida.

—¿No te alegras? —exclamó Anna.

—Sss..., sí —balbució.

—Ven, te lo voy a atar —dijo diligente cogiendo el chupete.

—¡No! —gritó Anton rechazándolo.

—¿Es que no te gusta?

—Yo..., es que no lo necesito para nada —tartamudeó.

—¿Quiere eso decir que no lo quieres? —exclamó ella en voz cada vez más alta—. Te regalo lo único que tengo... ¡¿y tú no lo quieres?!

A Anton se le puso la carne de gallina. ¡Si ahora no conseguía calmar a Anna podía costarle el pellejo!

Pero, ¿qué iba a hacer?

¿Coger el chupete? ¡Con sólo pensar en ello se le revolvía el estómago!

De modo que sólo se quedó callado e indeciso viendo cómo ella volvía a poner el chupete en su ataúd y cerraba la tapa.

Luego dijo ella con voz más oscura:

—¡Venga, salimos volando!

—¿Adonde? —preguntó lleno de miedo.

—A tu casa —contestó desabrida apagando de un soplo la vela.

Anton tuvo que ir tanteando en la oscuridad detrás de ella hasta la salida.

Durante todo el camino de vuelta a casa ella no dijo ni una sola palabra.

—Buenas noches, Anna —dijo él cuando alcanzaron su ventana.

Pero ella se mordió los labios y se marchó volando de allí sin saludarle.



Cadáver de vacaciones

A la mañana siguiente había panecillos con pasas caseras para desayunar.

Otras veces Anton podía comerse cuatro o cinco, pero hoy no tenía nada de apetito.

Desganado, untó un panecillo con mantequilla.

—Tienes aspecto de estar cansadísimo —observó su madre.

—Ah, ¿sí? —dijo solamente Anton.

—Sí. Tienes auténticas ojeras.

—¡Como un cadáver de vacaciones! —dijo el padre de Anton riéndose tan alto que estuvo a punto de derramar su café.

—Eso es por el colegio —gruñó Anton.

—¿Por el colegio? —contestó burlona la madre—. ¡Eso es por la televisión!

—Si tú lo dices... —dijo Anton.

Se sirvió leche, disolvió los polvos del cacao y bebió..., pero ni siquiera el cacao dulce le sabía bien.

—¡Hoy no tienes realmente el aspecto de un radiante Romeo! —se guaseó su padre.

—¡Tú y tu estúpido Romeo! —gruñó Anton.

Su padre se rió burlonamente a carcajadas.

—Seguro que te hubiera gustado la obra de teatro. Precisamente el último acto se desarrolla..., ¡en una cripta!

—¿En una cri..., cripta?

Anton estaba tan anonadado que se le cayó de las manos el panecillo con pasas.

—¿En un cementerio?

—¡Efectivamente! Con ataúdes y sudarios y muertos y muertos en apariencia...

—¿Tienes que contarle todo eso a Anton? —dijo la madre de Anton poco satisfecha.

—¿Por qué no? —Contestó el padre—. Al fin y al cabo Romeo y Julieta es una de las grandes tragedias de amor de la literatura universal.

—¿Qué es una tragedia? —quiso saber Anton.

—Un drama.

—¿No se casan entonces?

—¿Quiénes?

—Romeo y Julieta.

—No —contestó el padre—. Al final entierran a Julieta, que ha caído en un sueño semejante a la muerte, en la cripta de su familia. Romeo cree que está realmente muerta. Junto al ataúd de ella toma un veneno y muere. Cuando Julieta se despierta, encuentra a su Romeo muerto... y se apuñala con una daga.

—¡Puf..., eso debe haber sido horrendo! —dijo Anton—. ¿Te impresionó?

—¿Impresionarme?

El padre se rió.

—Un poco.

—¡Pues a mí me habría dado un ataque cardíaco! —Dijo entusiasmado Anton—. Cementerio, cripta, ataúdes, muertos...

—¡Ahí tienes lo que has conseguido! —recriminó la madre de Anton—. Ya has vuelto a tocar su tema favorito.

Anton levantó las cejas y puso una cara muy digna.

—Papá sólo quería hacer algo por mi educación...; después de todo, tiene uno que estar al tanto..., ¡de la literatura universal!

—¡Bah, ya he oído bastante! —exclamó su madre poniéndose de pie.

Salió de la cocina dando un portazo. Anton miró a su padre riéndose irónicamente.

—¿Me dejas el libro?

—¿Qué libro?

—El de *Romeo y Julieta*.

—No sé si todavía es apropiado para ti...

—¡Claro que sí! ¡Si sucede en una cripta!...

Con el tiempo maduran... los dientes

Pero Anton se dio cuenta en seguida de que su padre tenía razón: no entendía una palabra.

Con un suspiro apartó el libro y cogió de la estantería *Carmilla, la mujer vampiro...*, una historia de vampiros de Sheridan LeFanu.

¡Aquello también era..., literatura universal!

Lo abrió con avidez por el primer capítulo: Un augurio inquietante.

Cuando afuera oscureció, ya se había leído el libro..., interrumpido sólo por la comida y la despedida de sus padres, que querían dar un largo paseo, de lo cual Anton no tenía la más mínima gana.

Era extraño que la historia le hubiera gustado mucho más antes, cuando aún no conocía a Anna y a Rüdiger. Quizá fuera debido al horrendo final: a Carmilla le atravesaban el corazón con una afilada estaca...

¡No, Anna y Rüdiger no podían tener nunca un final tan horrible!

Tuvo que volver a pensar en la cripta y en la cara de decepción de Anna. ¿Hubiera debido aceptar el chupete y hacer que se alegraba de ello? ¡Pero no podía mentir! ¡Por lo menos viendo aquel asqueroso regalo! Seguro que Anna estaba enfadadísima con él... Una llamada a la ventana le sobresaltó sacándole de sus pensamientos. Vio una oscura figura que acechaba el interior de la habitación... ¿Rüdiger?

Corrió alegre a la ventana y abrió.

En el poyete de la ventana estaba sentada Anna.

—¿Tú? —dijo confundido Anton—. Yo creía que...

—... que estaba enfadada contigo, ¿no? —contestó—. Pero no lo estoy, ya no. ¿Puedo entrar?

—Po..., por favor —tartamudeó Anton—. Mis padres están de paseo.

—¿Y tú? —dijo ella al estar dentro de la habitación—. ¿Aún estás enfadado conmigo?

—No... —murmuró Anton.

—Yo, naturalmente, me llevé una decepción muy grande cuando no quisiste el chupete... —declaró ella sentándose en la cama de Anton—. Pero luego volví a pensar en ello y me di cuenta de que tú, de momento, aún no puedes utilizar el chupete... y por eso tampoco te alegraste del regalo.



Anton se puso pálido.

—¿Qué quieres decir con eso de aún no?

Ella sonrió y Anton vio brillar sus afilados dientes blancos.

—Muy fácil —dijo dulcemente—. Porque tú aún no eres un vampiro. Sólo debes tener un chupete al ser un vampiro adolescente, para que tus colmillos se vuelvan largos y agudos y los de delante se queden pequeños.

—¡Pero si mis dientes de delante ya no me van a crecer! —exclamó Anton.

—¿No? —dijo sorprendida—. ¿Ya no son dientes de leche?

—¡No!

—Vaya..., entonces a ti el chupete no te sirve para nada... ¡Entonces ya se te pondrán los colmillos largos y agudos ellos solos cuando te conviertas en vampiro!

—¡Pero..., yo no quiero convertirme en vampiro! —exclamó Anton.

Anna se rió con picardía.

—¿Quién sabe...?

Anton hubiera querido soltarle una palabrota..., pero no quería volver a pelearse con ella y por eso dijo solamente:

—¡Seguro que no!

No obstante, Anna puso una cara muy expresiva.

—Con el tiempo maduran los dientes —dijo, y riéndose entre dientes añadió—: ¡Esperemos y bebamos sangre..., digo..., té!

Anton volvió a ver sus dientes de vampiro y le corrieron escalofríos por la espalda.

—Yo..., todavía tengo que hacer los deberes del colegio —dijo precipitadamente.

Fue a su escritorio y empezó a revolver entre las cosas del colegio.

—¿No quieres oír lo último de Rüdiger? —preguntó Anna.

Anton no respondió. Acababa de darse cuenta de que aún tenía que escribir una redacción con el tema: ¿Qué me gustaría ser de mayor?

—¿Qué has dicho? —preguntó ausente.

—Iba a contarte algo de Rüdiger. ¡Es que se ha enamorado!

—¿Enamorado? ¿De quién?

—De Olga, la señorita von Seifenschwein... ¡Pero no me estás haciendo ni caso!

Anna saltó de la cama y se puso al lado de Anton. A media voz leyó el título que había en su cuaderno de lengua.

—¡Qué tema más estúpido! —gruñó Anton—. ¡Como si yo supiera ya lo que quiero ser!

—¿Son deberes del colegio? —quiso saber Anna.

El asintió.

—Por desgracia.

Pero Anna parecía tener otra opinión sobre los deberes del colegio:

—¿Puedo hacerlos por ti? ¡Por favor!

—¿Qué quieres decir con eso?

—Escribiré la redacción por ti. Si me esfuerzo, nadie lo notará.

—Pero yo tengo que entregar la redacción pasado mañana.

—¡No hay problema! Mañana te vuelvo a traer el cuaderno.

Y empezó a guardarse ya el cuaderno de Anton debajo de su capa.

—¡Es..., espera! —dijo Anton, para quien todo aquello iba demasiado rápido—. ¿Y con qué lo vas a escribir?

—Con tu pluma —contestó, cogió la pluma de Anton y la hizo desaparecer igualmente debajo de su capa.

—¿Quieres que te cuente ahora lo del gran amor de Rüdiger?

—¿El gran amor de Rüdiger? —repitió asombrado Anton.

—¿Lo ves? ¡No me habías hecho ni caso! —exclamó Anna en tono de reproche—. Hace diez minutos te estaba contando que Rüdiger se ha enamorado de Olga, la señorita von Seifenschwein.

—¿Enamorado?

¡Quizá aquella fuera la explicación de por qué el pequeño vampiro no le había vuelto a visitar desde hacía ya un par de semanas!

—¿Vive Olga ahora con vosotros?

—Sí..., lamentablemente. Tía Dorothee es el único pariente suyo que todavía..., ejem..., vive. ¡Los padres de Olga han sido asesinados por cazadores de vampiros en su castillo de Transilvania, donde la familia von Seifenschwein se hallaba establecida desde hacía siglos!

Soltó aquellas palabras tan llenas de odio que a Anton le entraron escalofríos.

—¿Transilvania? ...¿Donde el conde Drácula? —preguntó con un oculto estremecimiento.

—En el castillo vecino —contestó Anna, sombría.

Anton suspiró..., en parte por admiración hacia el famoso conde transilvano, en parte por compasión hacia Olga.

—¿Y cómo ha hecho ese viaje tan largo?

—A su padre le entusiasmaba coleccionar ataúdes. La pieza más preciada de su colección era el ataúd plegable. Ella se lo echó a la espalda y salió volando con él.

—¡Eso tiene que haberle costado un esfuerzo tremendo!

—Sí. Pero sigue sin ser una razón para comportarse así —dijo Anna, furiosa.

—¿Por qué?... ¿Qué es lo que hace?

—Se considera superior por haber vivido en un castillo. Allí tenían sirvientes que hacían todo por ellos..., al parecer incluso procurarles la alimentación. Olga ni siquiera sabe cazar un conejo..., o al menos hace como si no supiera. Cuenta con que nosotros cuidemos de ella. Sobre todo, naturalmente, Tía Dorothee, porque es la tía de Olga. Tía Dorothee está intentando ahora darle a Olga clases de aproximación en vuelo y de acercamiento sigiloso, pero hasta ahora no ha tenido mucho éxito. Olga, sencillamente, es demasiado comodona y está demasiado mal acostumbrada..., sólo que de eso no parece darse cuenta nadie. Y menos Rüdiger, que quisiera leerle en los ojos cada deseo suyo.

Apretó los labios y se calló.

En aquel momento sonó el timbre de la puerta.

—¡Seguro que son mis padres! —exclamó Anton.

Anna corrió hacia la ventana.

—Buenas noches, Anton —dijo, y salió de allí volando.

Anton fue a la puerta de la casa y abrió.

—Bueno, Anton, ¿te has aburrido mucho? —preguntó su padre mientras se quitaba los zapatos sucios.

—Hum..., según se mire —dijo Anton.

La madre asintió satisfecha con la cabeza.

—Si te hubieras venido con nosotros no te habrías aburrido. ¡Pero tú ya tenías pensado algo mejor!

Anton, complacido, se rió irónicamente.

—¡Sí, tenía pensado algo mejor!

Espía por amor

El lunes por la noche Anton se fue a su habitación inmediatamente después de la cena..., a pesar de que ponían en la televisión una vieja película del Oeste que incluso sus padres querían ver.

Pero Anton había dicho que todavía tenía que hacer algo del colegio. Aquello también era cierto: ¡tenían que devolverle su cuaderno de lengua!

En su habitación abrió la ventana y se asomó al exterior... Allí descubrió a Anna. Revoloteaba hacia allí como una gran mariposa nocturna y aterrizó en el poyete de la ventana.

—Hola, Anton —dijo, respirando fatigosamente.

—¡Hola! —contestó él con voz ronca.

Ella echó mano bajo su capa y le entregó el cuaderno y la pluma.

—Toma. ¡Me he esforzado muchísimo!

—Gracias —dijo apocado Anton, y fue a abrir el cuaderno.

Pero ella exclamó:

—¡No! Únicamente debes leerlo cuando estés solo... ¡Además, nosotros dos tenemos ahora algo mucho mejor que hacer! —añadió.

—¿Nosotros? ¡Pero si están aquí mis padres...!

—¿No puedes buscarte una excusa? Sólo tardaremos media hora.

—¿Y adonde vamos a ir?

Anna se rió entre dientes.

—Al parque de la ciudad. Hoy es la última clase práctica de Olga.

—¿Tendrá que alimentarse ella misma después?

—No. Tía Dorothee solamente quiere cambiar el campo de prácticas. Está empezando a hartarse del parque de la ciudad.

—¿Cómo..., hartarse?

—Bueno..., es que Olga es tan tonta y tan torpe que ya ha llamado varias veces la atención de paseantes y guardas del parque... ¡Pero eso vas a verlo por ti mismo en seguida! ¡Además, Rüdiger también está allí!

—¿Rüdiger?

Al pensar en el pequeño vampiro, la voz de Anton cobró un tono alegre.

—¿Le da él también clases a Olga?

—¡No! —contestó Anna riéndose con la mano delante de la boca—. Al contrario. Tía Dorothee le ha prohibido terminantemente que esté allí. Si no, Olga puede concentrarse aún peor en sus ejercicios.

—¿Y entonces mira a hurtadillas?

—¡Sí! ¡Un espía por amor!

Anna se rió tan abiertamente que Anton estaba temiendo que sus padres pudieran oírlo.

—¡No tan alto! —dijo.

—¿Te vienes o no? —preguntó susurrando—. Todavía tienes la capa de Tío Theodor.

Anton titubeó. Pero la perspectiva de espiar a Olga durante una de sus clases prácticas y, quizá, de encontrarse con el pequeño vampiro le atraía mucho.

—¿Y si nos ve Tía Dorothee?

—¡Seguro que no! —Le tranquilizó Anna—. Está demasiado ocupada.

—Está bien —declaró Anton—. Espera que se lo diga a mis padres.

—Supongo que no irás a descubrirles nada..., ¿verdad? —le preguntó Anna, con desconfianza.

—No, claro que no. Ya tengo una idea de lo que voy a contarles..., pero tienes que llevarte la capa.

Fue hacia la puerta con el cuaderno de lengua en la mano.

—¡Espérame abajo!

Diez minutos después Anton salió de la casa. Caminó lentamente a lo largo de la acera y miró con atención a su alrededor..., pero no encontró a Anna.

De repente alguien le tapó los ojos por detrás.

Anton pegó un grito y se dio la vuelta.

Era Anna.

—¡Ah, eres tú! —dijo aliviado.

—¿Ha ido todo bien con tus padres? —preguntó ella.

—Sí. Les he contado que tenía que ir otra vez a casa de Ole..., a hablar de mi redacción.

Riéndose irónicamente señaló su cuaderno de lengua, que había metido en la trinchera de los pantalones.

—¿Y se lo han creído?

—¡Claro! ¡Tratándose de deberes del colegio...! Pero me han dicho que no tarde mucho.

—¡Sí, vamos, démonos prisa! —dijo Anna dándole la capa de Tío Theodor.

Anton se la puso por encima y echaron a volar.

Después de un rato apareció debajo de ellos el parque de la ciudad. Anton reconoció el gran solarío y la pequeña piscina para niños. Alrededor de la piscina había columpios, que, en la oscuridad, parecían misteriosos seres de tiempos remotos. Anton levantó temeroso la vista hacia los altos árboles.

—¿Ves a Olga y a Tía Dorothee? —preguntó en voz baja.

—No —dijo susurrando Anna—. Están acechando detrás de la caseta de los lavabos.

—¿Y quién va a pasar por ahí?

Anna se rió entre dientes.

—Gente que tiene que hacer pis: paseantes, niños que juegan con linternas, deportistas...

Señaló a un hombre que iba en chandal y llevaba unas zapatillas de deporte de color blanco brillante.

—¡Mira! ¡Uno que hace carreras de resistencia!... ¡Ven, nos esconderemos en aquel árbol grande de allí! —susurró y puso rumbo a una robusta encina.

Anton voló detrás de ella y aterrizó junto a Anna en una ramificación. Vieron fascinados cómo corría el hombre alrededor de la piscina para niños y se aproximaba a la caseta de los lavabos.

—¿Dónde estará Rüdiger? —preguntó Anton, y una voz ronca contestó por encima de ellos:

—¡Mira para arriba!

Anton, del susto, a punto estuvo de pegarse un trastazo desde la rama en la que se encontraba.

Levantó la cabeza... y divisó al pequeño vampiro.

—Rüdiger, ¿eres tú? —dijo alegre.

—Sí —siseó el vampiro haciéndole una ligera inclinación de cabeza—. Pero no me molestes: tengo que prestar atención...

—No eres precisamente muy amable con tu mejor amigo —dijo Anna.

El vampiro no contestó.

Con una tensión febril miraba fijamente en la dirección de la caseta de los lavabos.

—¡Ahora! —murmuró—. ¡Atrápale, Olga!

Anton se estremeció involuntariamente. Pero las palabras de estímulo nada tenían que ver con él, sino con el hombre del chandal, que acababa de desaparecer sin sospechar nada dentro de la caseta de los lavabos.

Anton contuvo la respiración... ¿Qué pasaría ahora?

Una pequeña figura con capa negra salió de detrás de la caseta y se dirigió vacilando hacia la puerta. ¡Aquella tenía que ser Olga! Llevaba puesto algo claro en la cabeza..., pero Anton no pudo distinguir lo que era.

¿Entraría en la caseta?

¡No! Ahora volvía a aparecer el hombre.

Olga se plantó delante de él, levantó amenazante los brazos... ¡y el hombre empezó a reírse! Se reía tan alto que se le podía oír en toda la plaza.

Luego se dio la vuelta y, simplemente, siguió corriendo..., dejando atrás a Olga completamente anonadada.



—¡Qué cerdo! —Increpó el pequeño vampiro—. ¡Por lo menos podía haberse asustado! ¡Así Olga nunca podrá tener confianza en sí misma!

—¡Bah, confianza en sí misma! —dijo Anna—. ¡Olga ya la tiene más que de sobra!

—Tú lo único que tienes es envidia —repuso el vampiro.

—¿Envidia? ¿De Olga? Nunca jamás. Sólo que me indigna tener que ver cómo te dejas mangonear por ella...

—¿Yo? ¿Que yo me dejo mangonear?

—¡Sí, señor! —dijo Anna—. Estás ciego de amor y ni siquiera te das cuenta de que tu Olga es una canalla egoísta.

—¿Qué es lo que has dicho?

El pequeño vampiro lanzó un grito.

—¡Tú sí que eres una canalla..., tú..., tú, dientes de leche!

A Anton le tembló todo el cuerpo. ¡Aquel jaleo no le podía pasar desapercibido de ninguna manera a Tía Dorothee!

Y en efecto: mientras Anna y Rüdiger seguían peleándose en voz alta, apareció delante de la caseta de los lavabos una gran figura negra y levantó la vista hacia ellos.

—¡Santo cielo..., Tía Dorothee! —les gritó Anton a ambos.

Anna y Rüdiger se callaron..., pero demasiado tarde.

La voz de Tía Dorothee resonó chirriante sobre la plaza, en la que no había un alma:

—¡¿Rüdiger?! ¿Estás escondido en el árbol?

—Sí, Tía Dorothee —contestó el pequeño vampiro con voz quejumbrosa.

—Tú no estás solo..., ¿verdad? —preguntó cortante.

Anton se quedó helado.

—Es..., está con..., conmigo Anna —tartamudeó el vampiro.

—¡Quería convencerle de que no siguiera espiándoos! —exclamó Anna.

—¡Desapareced! ¡Fuera de aquí! —gruñó Tía Dorothee—. ¡Y no os dejéis ver más por aquí!

—¡Sí, en seguida! —exclamó el pequeño vampiro.

Anna y Anton cambiaron una mirada.

—No me dejes en la estacada —suplicó Anton.

Anna le sonrió animándole.

—Volveré —dijo en voz baja.

Luego salió volando de allí con Rüdiger y Anton se quedó solo.

Apenas se atrevía a respirar por miedo a descubrirse. Transcurrieron un par de minutos que le parecieron una eternidad.

¿Por qué tenía que seguir Tía Dorothee delante de la caseta de los lavabos? ¿Se imaginaba que todavía había alguien en el árbol...?

¡Si ella iba hacia allí estaba perdido! Pensó en cómo sabía ella hipnotizar a las personas sólo con su mirada...

De pronto Anton vio brillar algo entre los árboles al otro lado de la pequeña piscina para niños, e inmediatamente después tres muchachos salieron de la sombra de los árboles y caminaron lentamente hacia la caseta.

A Anton se le quitó un peso de encima: ¡el interés de Tía Dorothee, entonces, no había recaído en él, sino en los muchachos!

Uno de ellos tenía en la mano una linterna, que hacía centellear una y otra vez.

Ahora dirigió su rayo de luz hacia la caseta de los lavabos, exactamente hacia donde acababa de estar Tía Dorothee..., pero ésta ya había desaparecido.

En aquel momento alguien tocó el hombro de Anton. Se asustó muchísimo. Para gran alivio suyo vio junto a sí a Anna.

—¡Vamos, rápido —susurró ella—, mientras Tía Dorothee está detrás de la caseta!

Anton abandonó de mil amores su escondite y la siguió.

En el aire dijo él:

—¡Pobre Olga! ¡Seguro que no podrá arreglárselas con los tipos que acaban de llegar!

—¡¿Cómo?! —bufó Anna—. ¿Ahora tú también proteges ya a Olga?

—Nnn..., no —repuso rápidamente.

—¡Exactamente igual empezó Rüdiger! —dijo sombría—. Al principio le daba pena y sólo quería ayudarla..., y luego se quedó atrapado sin remedio en sus redes.

—¿En qué redes?

—Es una forma de hablar. Olga engatusa a todos hasta que hacen exactamente lo que ella quiere.

Anton la miró sin saber qué tenía que contestar. Pero algo tenía que decir para volverla a

animar...

Despidiéndose dijo:

—No tienes por qué preocuparte por Olga. Yo me quedo contigo.

—Gracias —dijo ella sonriendo débilmente.

Luego, de improviso, siguió volando.

Anton entró en la casa y apretó el botón del ascensor.

La redacción de Anna

En el ascensor se dio cuenta de repente de que todavía llevaba puesta la capa de vampiro. Con una prisa febril se la quitó e intentó doblarla, lo cual no era nada fácil dentro de la estrecha cabina.

Pero lo consiguió, y cuando paró el ascensor había escondido la capa debajo de su jersey.

Abrió la puerta de su casa con las manos sudorosas. Oyó altas voces de hombre... y respiró aliviado, pues eso significaba que aún seguía la película.

¡Sus padres seguro que no habrían tenido ocasión de sorprenderse por su larga ausencia!

—¿Has terminado tu redacción? —exclamó su madre cuando él pasó por la sala de estar.

—¡Sí! —dijo siguiendo apresuradamente.

En su habitación, acababa de guardar la mohosa capa en el cajón de más abajo de su escritorio..., cuando su madre entró en la habitación.

—¡Puf, qué pestazo! —dijo arrugando la nariz—. Los padres de Ole tienen que fumar muchísimo.

—Sí que lo hacen —confirmó Anton reprimiendo una risa entre dientes.

—¿Y de verdad que sólo habéis trabajado para el colegio?

—¡Naturalmente!

—¿Puedo leer la redacción?

Anton se puso pálido.

—¿Porqué?

—Tú mismo sabes la cantidad de descuidos que cometes.

—E..., esta vez no —intentó disuadirla Anton.

Pero en vano:

—No me lo creo —declaró ella—. Cuando se hacen los deberes tan tarde comete uno, la mayoría de las veces, más faltas que nunca.

—Está bien —suspiró Anton, y resignado a su suerte sacó el cuaderno de la trinchera de sus pantalones.

Se había aplastado un poco pero parecía estar todavía en buen uso.

—Hay que ver cómo tratas tus cosas... —opinó su madre.

—¿Por qué? —repuso Anton—. Eso no ha estropeado mis pantalones.

—Pero tu cuaderno sí —dijo indignada la madre saliendo de la habitación.

«¡Ojalá haya escrito Anna algo aceptable!», pensó Anton.

Pero su esperanza pareció no cumplirse, pues después de sólo unos pocos minutos volvía a estar allí su madre, y además bastante furiosa.

—¡Anton, ven aquí! Tenemos que hablar contigo —declaró ella.

—¿Y por qué? —dijo fingiendo no tener ni idea.

—¡Ya te lo puedes imaginar!

—¡No!

—Ya, ya. ¡Sólo faltaba que dijeras que tú no has escrito la redacción!

—Exactamente —gruñó Anton.

De todas formas ella no se lo iba a creer...

Poco satisfecho, entró detrás de ella en la sala de estar.

Su padre estaba sentado en el sofá y tenía en la mano el cuaderno de lengua de Anton. Señaló el sillón:

—Siéntate.

—No, gracias —contestó Anton—, prefiero quedarme de pie.

—Como quieras.

El padre carraspeó como si fuera a dar un discurso y empezó:

¿Qué me gustaría ser de mayor?

Me gustaría ser vampiro porque creo que, de por sí, los vampiros no son criaturas malas como se dice en muchos libros y películas, sino que (igual que pasa con las personas) depende de su carácter que sean «buenos» o «malos». Yo creo que ser vampiro casi solamente trae ventajas: vida eterna y la facultad de volar. La humanidad ha soñado siempre con ello..., yo también. Me imagino que ser un vampiro debe ser algo maravilloso. Los problemas que trajera consigo seguro que podrían superarse, sobre todo si tuviera a mi lado a una chica-vampiro..., pues el amor resuelve todos los problemas.

Mientras su padre leía en alto, Anton intentaba poner una cara lo más tranquila posible, y eso no era tan sencillo, pues él tampoco conocía la redacción.

Pero con la frase final de Anna casi se le cortó la respiración, y se le pusieron las orejas coloradas.

—¿Te das cuenta ahora del espeluznante disparate que has escrito? —preguntó su madre, que le había estado observando.

—Yo..., era una broma —balbució Anton.

—¿Una broma?

Ella cogió el cuaderno y, furiosa, lo agitó en el aire.

—¡Estos son..., deberes del colegio!



—Ole y yo..., hemos hecho una apuesta.

—¿Una apuesta?

—Ole ha dicho que yo ganaría cinco marcos si escribía que quería ser vampiro.

—¡Y tú has sido tan tonto de aceptar la apuesta! —dijo el padre de Anton lleno de indignación.

—Bueno, por cinco marcos...

—¡Por cinco miserables marcos te arriesgas a tener una mala nota...! —exclamó su madre—.

¿Y qué va a decir tu profesora? En eso seguro que no has pensado.

—No —contestó conforme a la verdad.

—Muy bien... ¡Vas a volver a escribir la redacción!

—¿Ahora?

—¡Sí!

—Pero tú misma has dicho que no se deben hacer los deberes tan tarde.

Los padres cambiaron una mirada.

—¡Entonces mañana por la tarde! —declaró la madre de Anton—. Y a tu profesora le dirás que tienes que volver a escribir la redacción.

En tono más conciliador añadió:

—Aparte de eso, me ha gustado tu letra. Esta vez te has esforzado como es debido en trabajar de forma limpia y ordenada. ¡Así deberías hacerlo siempre!

—Ah, ¿sí? —murmuró Anton volviendo rápidamente la cabeza—. ¿Puedo irme ahora?

—Sí. Buenas noches.

En su habitación volvió a leer la redacción de Anna.

... pues el amor resuelve todos los problemas...

«¡Todos los problemas seguro que no!», pensó, pues ahora tenía que decir en el colegio, al día siguiente, que no tenía la redacción...

Todo listo

Al día siguiente ya estaba anocheciendo... y Anton seguía sentado ante el escritorio.

Delante de él había un cuaderno nuevo vacío que le había dado su madre..., para que la profesora de Anton no leyera por equivocación la redacción que no era: ¡la de Anna!

«¿Qué me gustaría ser de mayor...?» ¡Qué tema más estúpido! ¡¿Por qué tenía que decidirse ya hoy por una profesión?! Había leído en el periódico que ya se podía dar uno por contento si encontraba una plaza de estudios.

«¡La redacción de Anna no era realmente tan mala!», pensó mientras miraba fijamente las páginas en blanco. «¡Qué cara habría puesto mi profesora si la hubiera leído!»

Pero Anton no quería ser un vampiro..., aunque Anna mantuviera las mismas esperanzas de ello que antes. El asunto del chupete de vampiro lo había demostrado claramente.

Anna y sus nuevos dientes de vampiro...

Anton tuvo de repente una idea de lo que podía escribir:

Me gustaría ser dentista, empezó. Me gustaría tener una gran consulta y pacientes que no dijeran «ay» en seguida que les doliera. Quisiera tener dos salas de cura. Una la pintaría de verde, el color verde tranquiliza, la otra de rojo, el rojo alegra. A los pacientes miedosos los trataría en la habitación verde, a los tristes en la roja. Sólo me compraría los tornos mejores que hubiera. Al empastar tocaría música alegre...

Anton se interrumpió. Aquello sería suficiente, ¿o no?

Un nervioso golpeteo en la ventana le hizo estremecerse. Levantó la vista y vio dos figuras vestidas de negro que estaban en el poyete de su ventana: Anna, que le sonreía amablemente..., ¡y el pequeño vampiro!

Rüdiger parecía tener mucha prisa, pues ahora volvía a llamar a la ventana.

—Sí, en seguida —dijo Anton.

Fue hasta la puerta y echó la llave sin hacer ruido antes de abrir la ventana.

—¿Tienes la capa? —preguntó Rüdiger sin más preámbulos entrando de un salto en la habitación.

Anna se dejó resbalar del alféizar suavemente.

—Buenas noches, Anton —dijo ella.

—Hola —murmuró Anton..., bastante perplejo por la repentina visita de ambos.

—¿Y dónde está? —gruñó el vampiro y miró buscando a su alrededor.

—¿Quién? —preguntó Anton.

—La capa de Tío Theodor —aclaró Anna—. La necesitamos..., para Olga. Anoche tuvo un percance con su capa.

—¿A eso le llamas tú un percance? —repuso excitado Rüdiger—. ¡Corrió peligro de muerte!

—¡No hables tan alto! —intervino Anton suplicante—. Mis padres están en la sala de estar.

—¿Tus padres? ¿En la sala de estar?

El vampiro echó una mirada asustada a la puerta.

—La he cerrado —le tranquilizó Anton—. Pero a pesar de todo no debemos hacer ruido.

—Está bien —dijo el pequeño vampiro, y con voz apagada preguntó:

—Bueno..., ¿la tienes?

—¡No apremies así a Anton! —repuso Anna—. Seguro que le gustaría saber antes lo que ha pasado con la capa de Olga. ¿No es cierto, Anton?

Anton asintió con la cabeza.

—Por mí... —gruñó el vampiro sentándose en la cama.

Anton se percató de que estaba aún más pálido que otras veces. Sus ojos estaban enrojecidos y parecía demacrado y delgado.

El amor embellece... ¡Aquel refrán no le pegaba al pequeño vampiro de ningún modo!

—¿Y entonces qué ha pasado con la capa? —quiso saber Anton.

—Olga fue atacada por tres jóvenes brutales —dijo sombrío el vampiro.

—¡Eso es lo que dice ella! —repuso Anna riéndose sarcástica.

—¿Estabas tú allí acaso? —siseó colérico Rüdiger.

—No. Pero Tía Dorothee sí. Y ella me ha contado lo que pasó realmente.

—¡Estoy ansioso por saberlo! —dijo cáustico el vampiro.

—Olga y Tía Dorothee querían deslizarse a hurtadillas detrás de los jóvenes —informó Anna—. ¡Pero Olga lo estropeó todo con su pataleo! Los jóvenes desconfiaron, se dieron la vuelta, uno de ellos encendió su linterna..., y Tía Dorothee y Olga tuvieron que salir huyendo cegadas. Y entonces Olga se quedó enganchada con la capa en una zarza.

—¡Bah! —dijo el vampiro—. ¡Todo fue completamente diferente! Olga me lo ha contado... y Olga no miente.

—¿Sí...? —contestó Anna simplemente mirando significativamente la colcha.

—¡Sí! Sin motivo alguno los jóvenes cayeron sobre ella..., ¡los tres!..., desgarraron su capa y la tiraron de los pelos. Uno de ellos le quitó el lazo: el lazo favorito de Olga, el último regalo de su padre...

El pequeño vampiro sollozó.

—¡Oh, qué conmovedor! —dijo Anna mordaz.

—¿Y la capa? —preguntó Anton.

—Destrozada, completamente destrozada —contestó el vampiro retorciéndose las manos.

—Vuelves a exagerar —observó seca Anna—. Sólo tiene algunos agujeros grandes que se pueden zurcir.

—¡Sí, pero eso llevará tiempo! Si yo supiera zurcir...

La voz del vampiro cobró un tono soñador.

—Me pondría la capa de Olga sobre las rodillas y con delicadeza pasaría el hilo por la tela negra, hora tras hora...

Dio un profundo suspiro.

—Quizá te enseñe a hacerlo Tía Dorothee —gruñó Anna—. ¡Entonces podríais fundar un club

de costura..., para vuestra querida Olga!

—¡Bah! —dijo el vampiro sacándole la lengua a Anna.

Anton vio por primera vez una lengua de vampiro: era de color rojo oscuro y muy larga.

Le sobrecogió un estremecimiento.

—Yo..., eh..., vosotros queréis ahora la capa —balbució—. Un mo..., momento. Está en mi escritorio.

Abrió el cajón y sacó la capa de detrás de los cuadernos.

En aquel momento se aproximaron pisadas por el pasillo.

El pequeño vampiro aferró la capa, saltó al poyete de la ventana y salió de allí volando sin decir una palabra.

Anna dijo apresuradamente:

—¡Hasta pronto, Anton! —y salió volando tras él.

—Anton, ¿cómo es que has cerrado? —oyó exclamar a su madre—. ¡Abre!

—En seguida —contestó yendo a paso extraordinariamente lento hacia la puerta.

Su madre estaba allí delante muy acalorada.

—¿Desde cuándo cierras tu habitación? —exclamó irritada—. ¡Ya sabes que no nos gusta eso! Nadie de esta casa cierra su habitación, ni papá..., ni yo... Nosotros no tenemos ningún secreto, ¿o tú sí? —preguntó desconfiando de repente, y entró.

—Ya vuelve a oler a quemado...

—Era mi cabeza —dijo Anton—, que ha echado humo de tanto pensar.

Su madre le miró incrédula. Entonces su mirada fue a parar al cuaderno.

—¿Has terminado? —preguntó ella.

—Sí —gruñó—. Todo listo.

Ella se rió y empezó a leer:

—Me gustaría ser dentista. Me gustaría tener una gran consulta... ¡Bueno! —dijo aliviada—. ¡Al fin nada de vampiros!

Cripta Bohnsack

El sábado por la tarde Anton preguntó a su padre:

—¿Puedes ayudarme? Quiero montar algo en mi habitación.

—¿Montar? ¿El qué?

—Una cueva. Y para eso tengo que darle la vuelta a mi cama.

—Pero va a ser una cueva grande... —dijo el padre de Anton riéndose.

—Y también necesito mantas de lana —dijo Anton—. Preferiblemente negras, para que esté bien oscuro.

—No tenemos mantas negras de lana —contestó su madre—. Pero tengo tela negra vieja en el armario.

—Oh, sí —dijo Anton entusiasmado.

Si sus padres supieran a qué le iban a ayudar...: ¡quería transformar su habitación en una cripta para el «Baile de los Vampiros» que ponían aquella noche en la televisión a las ocho y cuarto!

Pero eso sólo se lo diría más tarde...

¡Poco antes de que se marcharan al cine! Y hasta entonces aún tenía muchas cosas por hacer...

A las siete y media llamaron a la puerta de la habitación de Anton.

—¿Anton? —exclamó su madre—. Nos marchamos. ¿Podemos ver ahora tu cueva?

—Sí. ¡Entrad! —exclamó alegre Anton sentándose encima de su escritorio, que había transformado en un ataúd: con tela negra y una cruz de cartón envuelta en papel de aluminio.

Sus padres entraron en la habitación llenos de curiosidad y expectación... y se quedaron parados como si les hubiera alcanzado un rayo. ¡No estaban preparados para lo que estaban viendo!

«Cripta Bohnsack», leyeron en letras rojas como la sangre en un cartel que estaba sujeto al cable de la lámpara debajo de la manta.

En las paredes había cabezas de vampiro de tamaño superior al natural, que había pintado Anton. No se veía nada de los muebles: Anton había cubierto todo con tela negra.

No obstante, lo más terrorífico de todo era la cama dada la vuelta: bajo el paño negro que Anton había extendido sobre las cuatro patas, se veía yacer a alguien, sin moverse, como un cadáver...

La madre de Anton pegó un grito.

—¿Quién hay ahí? —El se rió irónicamente.

—Nadie. Sólo la ropa de cama.

—¡Vaya susto que me has pegado!

—¿De verdad? —dijo Anton orgulloso con el efecto que había conseguido—. Fíjate bien cuando apague la luz...

Encendió rápidamente la linterna y la colocó junto al cadáver. Luego apretó el interruptor de la luz. Ahora sólo se veía brillar el resplandor de la linterna a través de la tela negra... y aquello era tan horripilante que hasta al propio Anton se le puso la carne de gallina.

—¡Iiih! ¡Qué horror! —exclamó su madre.

—¿Verdad que sí? —dijo satisfecho Anton.

—¡Sólo que..., hay algo que no pega en esta cripta! —observó el padre.

—¿El qué?

—¡La televisión!

Anton, naturalmente, no había colgado de la televisión ningún paño negro; ¿para qué, si la iba a encender en seguida?



—¿O acaso crees que los vampiros tienen corriente eléctrica en su cripta? —preguntó el padre riéndose irónicamente.

Anton se enfadó por el tono de sabelotodo. De forma arrogante dijo:

—¿Por qué? No la necesitan para nada. Bien podría ser una televisión a pilas.

Su padre se rió.

—Una imagen exquisita: ¡Vampiros que ven el telediario!

—¿Por qué no? —dijo Anton—. Con tanta sangre como corre allí cada noche...

—Yo sé por qué no ha tapado Anton la televisión —dijo entonces la madre de Anton—. Probablemente vuelven a poner una de esas horribles películas de terror.

Anton tuvo que reírse irónicamente.

—¡Efectivamente! Esta noche ponen el «Baile de los Vampiros», mi película favorita.

—¿Cuándo? —preguntó ella de mal humor.

—A las ocho y cuarto —contestó complacido Anton.

—¿Tan pronto?

—Sí. Quedaos conmigo a verla. La película es estupenda.

—No, gracias —dijo ella poniendo una cara como si hubiera mordido un limón—. Preferimos ir al cine y ver una película que merezca la pena.

—¿Más todavía? —observó Anton partiéndose de risa.

Su madre se dio la vuelta irritada y salió fuera.

—¡Y ten cuidado, no te vayan a morder! —dijo el padre de Anton como despedida.

—¿Morderme? ¿Quién? —preguntó Anton.

—¡Los vampiros!

«Baile de los vampiros»

Anton iba a encender la televisión cuando oyó un extraño ruido en la ventana. Sonó como si hubiera chocado contra ella un gran pájaro.

Echó las cortinas a un lado y contempló el pequeño rostro, blanco como la nieve, de un vampiro al que nunca había visto antes.

Tenía que ser una chica-vampiro, pues llevaba un lazo rojo en el pelo.

¿Sería..., Olga?

Le hizo una señal de que abriera la ventana... Anton obedeció con las manos temblorosas, y la chica-vampiro se metió en la habitación.

—¿Eres Anton?

Tenía una voz potente y ronca y era casi tan alta como Anton.

—Sss..., sí —tartamudeó.

—Yo soy Olga, la Señorita von Seifenschwein —declaró ella—. Así que vives aquí...

Anton la examinó mientras ella miraba con curiosidad a su alrededor. Para ser un vampiro no estaba nada mal: tenía pequeñas pecas sobre su nariz respingona, grandes ojos azules y el pelo cuidadosamente cepillado. Sólo molestaba un poco su fuerte olor a moho.

Olga había advertido su mirada.

—¿Te gusto? —preguntó ella.

Anton se puso coloradísimo.

—Sí...

Ella sonrió satisfecha de sí misma.

—Eso me había parecido.

—Me gusta tu habitación —dijo ella—. En la cripta donde vivíamos también había cuadros en las paredes.

Señaló las cabezas de vampiros pintadas.

—¿Las has hecho tú?

—Sí —asintió Anton.

—¿Te gustaría pintarme a mí también? —preguntó apasionadamente poniéndose delante de Anton en una postura afectada—. ¡En mi patria, en Transilvania, me pintaban a menudo!

—Yo..., en este momento no tengo ni idea de dónde están mis pinturas —murmuró.

La cara de Olga cobró una expresión de enojo. Desapareció la dulce sonrisa y Anton vio sus afilados dientes de vampiro.

—Pero puedo buscarlas si quieres —dijo apresuradamente.

—¡No! —contestó aguda—. Ahora ya no tengo ganas de que me pinten.

Dicho esto se dio la vuelta y se fue a la ventana.

—¡Es..., espera! —exclamó Anton. Se quedó parada mirándole expectante:

—¿Sí?

—¿Sabe Tía Dorothee que estás aquí?

—No. Está en la cripta zurciendo.

—¿Y cómo has encontrado mi ventana?

Soltó una risa ronca.

—Muy sencillo. Le he pedido a Rüdiger que me la enseñara. Al principio no quería..., pero como no puede negarse a ningún deseo mío, al final lo ha hecho.

—Por cierto, él tenía razón —completó ella—. Realmente eres simpático. ¡Seguro que seremos amigos! Pero ahora tengo que irme volando... Rüdiger me está esperando en el castaño.

Ella le sonrió y se subió al poyete de la ventana. Allí extendió los brazos... y los volvió a dejar caer sorprendida.

—¿Tú por aquí? —exclamó ella.

Anton se quedó helado del susto: ¡Si ante su ventana estaba Tía Dorothee...!

Pero no era Tía Dorothee...

—¡Sí, soy yo! —oyó contestar a Anna—. ¡Y lo he oído todo!

Su voz sonó penosa. Pero Olga no se dejó impresionar.

—¿Y qué? —dijo solamente—. ¡No estará prohibido decirle a Anton que es simpático!... Sobre todo si responde a la realidad —añadió, y sin dignarse a decirle una palabra más a Anna, salió volando de allí.

Anna entró en la habitación ardiendo de rabia.

—Ahora también lo ha conseguido contigo.

—¿Qué quieres decir con conseguido?

—¡Enredarte! —exclamó ella—. Y por lo que veo Olga ha tenido mucho éxito. ¡Hasta has cambiado tu habitación para ella!

Anton no daba crédito a lo que oía.

—¿Para Olga? Pero...

Anna no le dejó terminar:

—No hace falta que me expliques nada. ¡Lo he comprendido!... Adiós.

Y antes de que Anton pudiera responder, Anna había desaparecido.

Se quedó de piedra y no sabía qué pensar. Primero la inesperada visita de Olga..., luego el encuentro con Anna..., sus celos infundados... y por último la despedida como si no fueran a volverse a ver nunca...

Cerró la ventana y encendió la televisión.

Un hombre gordo y sudoroso cantaba: Estoy tan solo.

Exactamente igual se sentía Anton: solo en una cripta que no lo era, con padres que se divertían en el cine, con un amigo que ya no quería saber nada de él y con una novia que acababa de romper con él...

De repente odiaba la tela negra, las horripilantes y grotescas caras de vampiro, la plateada cruz de cartón, y se puso a echar todo abajo como un salvaje.

Cuando terminó de hacerlo se sintió mejor. Se sentó y miró la televisión. En ese momento bailaba un grupo regional... y entonces se acordó del «Baile de los Vampiros», que, con el jaleo, había olvidado por completo.

Cambió apresuradamente de canal. Vio cómo el tabernero de la venta del pueblo metía su

ataúd en el castillo de Drácula. Pero, extrañamente, esta vez no le venía el picor de nervios que sentía otras veces viendo películas de vampiros. No podía hacer otra cosa que pensar constantemente en Anna.

Su mal humor todavía duraba a la mañana siguiente.

—Parece que el «Baile de los vampiros» ha sido demasiado para ti —dijo el padre de Anton guaseándose—. Pareces completamente sobrecogido aún.

Anton tuvo que reírse irónicamente contra su voluntad.

—Es cierto. El baile que tuve con los vampiros fue realmente demasiado para mí.

Sus padres, naturalmente, no entendieron el juego de palabras y sólo le miraron extrañados.

La madre de Anton sirvió café.

—¡De una cosa sí que me alegro! —dijo ella después.

—¿De qué...? —preguntó Anton.

—Tu habitación. Gracias a Dios ha vuelto a desaparecer aquella repugnante cripta.

—No sólo la cripta... —dijo Anton suspirando.

Cartero

Pasó la semana sin que Anton supiera nada de Anna ni de Rüdiger.

El sábado por la noche estaba en su habitación hojeando sus libros de terror... y esperando.

Pero nadie llamaba a la ventana.

Tenía que hacer algo..., ¿pero qué? Si Anna fuera una chica normal podría darle una carta en el patio del colegio..., o llamarla por teléfono..., o simplemente llamar a la puerta de su casa.

Pero así...

¿Y si pusiera una nota para ella cerca de la cripta?

Le vinieron a la cabeza los dos vampiros de arcilla que había hecho en el curso de cerámica. Estaban huecos por dentro..., o sea que podía meter en ellos una nota para Anna.

¡Sí, la idea era buena! Cogió de la estantería una figura de arcilla. Luego escribió en una hoja:

Querida Anna:

Tengo que hablar contigo. Siento lo de Olga, de verdad.

Anton.

¡Iría al cementerio el día siguiente por la tarde y colocaría la figura en un sitio propicio!

El día siguiente estaba nublado y hacía frío; mejor para Anton, pues con aquel tiempo no habría mucha gente fuera. Nada más comer se puso en marcha con su bicicleta. Debajo de la chaqueta llevaba la figura del vampiro con la carta.

Fue hasta la entrada principal y echó el candado a su bicicleta. Luego abrió el portón. Ante él estaba el cementerio, sin un alma, como un gran y apacible jardín.

Se notaban claramente los cuidados del guardián del cementerio... y los de su jardinero. Estremeciéndose, Anton pensó en que Geiermeir había recibido refuerzos.

Miró temeroso a su alrededor, pero no se veía a ninguno de los dos. Probablemente se estaban echando la siesta allá arriba, en la casa de Geiermeir, que estaba escondida detrás de unos altos arbustos. Anton sólo podía ver el tejado rojo y la chimenea, de la que salía un humo escaso. Quizá también estuvieran sentados delante de la chimenea afilando sus estacas de madera...

Anton aminoró el paso. Pasó al lado de una tumba recién levantada. Seguro que iban a enterrar allí a alguien... ¡Qué horror!

Justo al lado había una tumba cubierta a más no poder con flores. ¡Descanse en paz!, leyó Anton en una banda negra impresa con letras doradas.

¡Brrr! ¡Las tumbas recientes siempre le causaban espanto! Rápidamente echó de nuevo a correr y se alegró de alcanzar finalmente la parte trasera del cementerio.

Sintiendo los latidos de su corazón, examinó el alto abeto. ¡Nadie diría que debajo de él se encontraba el agujero de entrada!

Ni siquiera Geiermeier, que se pasaba husmeando a los vampiros cada minuto libre que tenía, sabía nada de ello.

Seguía buscando todavía tumbas de vampiros individuales; y mientras tanto ya hacía mucho que los von Schlotterstein habían llevado sus ataúdes a una cripta común.

Ahora la única señal de que en aquel lugar había habido tumbas de vampiros eran las lápidas en forma de corazón que debían de estar allí, por algún lado, en la hierba.

Anton se deslizó lentamente a través de la hierba, que llegaba hasta las rodillas, buscando las lápidas con la vista.

Después de un rato su pie tropezó contra una lápida descompuesta con forma de corazón. Descifró la inscripción con dificultad.

*Dorothee von
Schlotterstein-Seifenschwein
1807-1851*

Anton tragó saliva: ¡Tenía que ser precisamente Tía Dorothee...!
Siguió andando en seguida.



También encontró las lápidas de los padres de Anna, de sus abuelos y de su tío. Las únicas que no encontró fueron las de los hijos-vampiro. ¿Sería verdad entonces que no habían tenido lápidas? Anton ya las había buscado en vano una vez.

Su mirada fue a parar de repente en una pequeña plataforma rectangular. La levantó y descubrió unos trazos. Excitado, empezó a quitar con las uñas la gruesa capa de moho. Sus esfuerzos se vieron recompensados:

*Anna von Schlotterstein
1842-*

Leyó, y debajo:

*Te esperamos
por siempre jamás*

«¡O sea, que sí!», pensó satisfecho Anton. Ciertamente Anna no tenía una lápida tan lujosa como las de sus parientes..., ¡pero al menos alguien había pensado en ella!

Te esperamos..., ¿a quién se referiría? ¿A sus padres? Era de suponer que habrían muerto antes que Anna y por eso sólo habían podido poner su año de nacimiento pero no el de su muerte.

Se aseguró una vez más de que no le observaba nadie. Luego apoyó la losa de Anna contra la lápida en forma de corazón de su madre y escondió detrás de ella la figura de arcilla.

Contempló su obra tomando aliento. Seguro que los demás vampiros no advertirían el cambio; sólo Anna se daría cuenta de que alguien había puesto de pie su pequeña losa rectangular.

Seguramente eso picaría su curiosidad y miraría, y entonces encontraría su carta...

«¡Bien hecho!», se alabó a sí mismo Anton, y regresó complacido hacia la salida.

La casa de Geiermeier

Cuando vio el tejado rojo de la casa de Geiermeier le atrajo de repente la idea de echar un vistazo al letrero de cartón del que había hablado Anna. ¿Pondría realmente Schnuppermaull?

Dejó el camino principal y se metió en un estrecho camino secundario. Mientras se iba acercando lentamente a la casa al abrigo de las altas zarzas, sintió un agradable hormigueo en el estómago. Realmente no podía pasarle nada, pues había escondido la delatora figura de arcilla, ¡y pasear por el cementerio no estaba prohibido!

Después de un rato el camino hizo una curva... y Anton, súbitamente, se encontró delante de la puerta del jardín de Geiermeier.

Desconcertado, miró fijamente la casa. Era completamente distinta a como él se la había imaginado.

Había pensado que los guardianes de cementerio tendrían que vivir en casonas medio derruidas y sombrías cuya sola vista bastaba para que se le helara a uno la sangre en las venas. La casa de Geiermeier, por el contrario, ofrecía un aspecto casi atractivo: era de ladrillo rojo, tenía contraventanas de color verde y junto a la puerta florecía un rosal.

De todas formas, Anton no pudo ver ningún cartel: en la puerta solamente había una pequeña mirilla.

Y tras aquella mirilla... ¡se movía algo! Entonces se abrió la puerta y salió un hombre alto y delgado con un cubo de basura en la mano.

Anton aún logró ponerse a salvo a tiempo detrás de un grueso matorral. Desde allí observó cómo bajaba el hombre por el camino del jardín.

A tan sólo unos pocos pasos de distancia de Anton, levantó la tapa del bidón de la basura y echó en él el contenido de su cubo.

Parecía no tener la más mínima sospecha de que le estuviera observando alguien, pues ponía una cara de completa ingenuidad y canturreaba.

«¡O sea, que este es el aspecto que tiene Schnuppermaull!», pensó Anton sintiéndose como un detective.

Schnuppermaull tenía el pelo rubio pajizo, una nariz grande y arqueada y un ralo bigote rubio. Sus ojos eran rojizos..., como los de un conejo.

Lo que eran fuera de lo común eran sus manos: enormes y con las uñas largas y esmeradamente cuidadas.

Afortunadamente, Schnuppermaull regresó en aquel momento a la casa. A través de la puerta, que estaba todavía abierta, Anton pudo echar un vistazo al vestíbulo.

Lo que vio allí le cortó la respiración: en una cesta había largas y afiladas estacas de madera listas para atacar.

Y colgado de la pared había un gran crucifijo rodeado de una ristra de ajos.

¡Brrr! Anton se estremeció.

Dio un par de pasos agachado, luego se incorporó y echó a correr hacia la salida.

Visita a media noche

Aquella noche Anton estaba soñando con una carta que tenía que entregar en una vieja casa.

Llamó al timbre de la puerta delantera, pero nadie abrió. Entonces dio la vuelta alrededor de la casa y llamó a todas las ventanas. Llamaba y llamaba...

De pronto se asustó muchísimo. La fuerte llamada que estaba oyendo no formaba parte del sueño: alguien estaba llamando a su ventana.

¡Tenía que ser Anna!

Saltó de la cama, corrió las cortinas a un lado y abrió la ventana. Pero quien estaba fuera no era Anna: el pequeño vampiro estaba agazapado con una tímida sonrisa en el poyete de la ventana.

—Hola, Anton —dijo con voz estridente.

—¿Rüdiger? —balbució Anton.

—Vaya sorpresa, ¿eh? —dijo el pequeño vampiro entrando en la habitación.

Anton encendió la lámpara de su escritorio.

—Ya..., ya estaba durmiendo —murmuró.

—Ya se ve —dijo el vampiro señalando la cama revuelta—. Pero no te preocupes; en seguida podrás seguir durmiendo...; en cuanto hayamos tratado el asunto de la noche transilvana.

—¿De la qué...?

—Queremos hacer una fiesta el sábado. ¿Están aquí tus padres?

—¿Mis padres?

Anton miró el despertador. Era poco más de medianoche.

—Sí. Pero seguro que están durmiendo.

El vampiro resopló impaciente.

—¡No digo ahora... sino el sábado, cuando celebremos nuestra noche transilvana!

—Creo que van a ir al cine.

—Fenómeno.

El vampiro se frotó las manos complacido.

—¿Tenéis huevos?

—¿Huevos? —preguntó desconcertado Anton—. Sí...

—¡Entonces todo está hecho para el sábado!

—Pero..., yo no tengo ni idea de lo que es una noche transilvana.

El vampiro se rió amistosamente.

—Ya te enterarás con tiempo suficiente.

—Y tampoco sé dónde se va a celebrar la fiesta.

—¿De verdad que no?

—No.

El vampiro se rió a sus anchas, de modo que Anton pudo ver sus afilados colmillos.

—¡En tu casa!

—¿Qué?

Anton jadeó.

—Es por Olga —aclaró el vampiro—. Añora terriblemente Transilvania.

—¿Y yo qué tengo que ver con eso?

—Olga me ha contado que tu habitación tenía el mismo aspecto que la Cripta Seifenschwein.

—Ah, sí —se acordó Anton—. La había cambiado. ¡Pero me costó un trabajo tremendo!

—Podrías volver a hacerlo por Olga —dijo el vampiro, y con voz conmovida añadió—: La pobre. Todas las noches se queda en el ataúd llorando.

Se secó los ojos y se subió al alféizar.

—Entonces, hasta el sábado, Anton —dijo.

—¡Espera! —exclamó Anton.

—¿Qué es lo que pasa?

—¿Viene también Anna?

—Sí, siempre que para entonces se le haya curado la cicatriz.

—¿Está herida? —preguntó asustado Anton.

El pequeño vampiro se rió entre dientes.

—La visita que te hizo el sábado debió de ponerla muy nerviosa. Sea como sea, después, al volar de regreso a la cripta, chocó contra una rama y se hizo una larga cicatriz en la cara. Y con lo orgullosa que es no quiere estar con ella entre seres humanos.

—Ah, es por eso —dijo Anton.

Entonces quizá ya no estuviera enfadada con él y si no le había visitado era solamente por la cicatriz.

Cuando volvió a estar echado en la cama, estaba demasiado excitado como para dormirse en seguida. ¿Quién sabía lo que traería consigo una noche transilvana?... y luego, quizá, también con Anna...

Preparativos de la fiesta

Durante la comida del día siguiente Anton intentó sonsacarle a su madre qué opinaba ella de las fiestas.

Como algo ocasional, dijo:

—Por cierto, Sebastian dio una fiesta el viernes.

—¿Ah, sí? —dijo simplemente mientras se enrollaba los spaghetti en el tenedor.

—Sí. Y ha dicho que estuvo estupenda.

—Aja.

—¿Me dejaríais hacerlo también a mí?

—¿El qué?

—Celebrar una fiesta.

—Eso tengo que hablarlo con papá.

—Pero vosotros siempre queréis que tenga amigos. Y Sebastian ha dicho que en una fiesta se hacen amigos fácilmente.

—¿Y a qué niños quieres invitar?

—A Ole, a Sebastian...

—¿A ninguna chica?

—Sí. Anna, Olga...

—Olga..., nunca había oído ese nombre. ¿Es nueva en tu clase?

—Bastante. Es..., es extranjera.

—¿De dónde?

—De Tran...

Anton se mordió los labios.

—De Rumania.

¡Rumania sonaba mucho más inofensivo!

—¡Por lo que te conozco tú ya tienes el ojo echado en un día concreto!

—El sábado —dijo apocado Anton—. Siempre que estéis de acuerdo.

—Ya veremos lo que dice papá.

—Seguro que papá no tiene nada en contra —dijo Anton.

Y, en efecto, así fue.

Por la noche su padre bromeó:

—Ah, Romeo planea una fiesta para su Julieta.

Pero le dio a Anton diez marcos.

—¡Para que os compréis limonada y cosas de picar!

A Anton le costó trabajo no reírse: garantizado que los vampiros no le concedían valor alguno a las cosas de picar y la limonada. A lo sumo Ole y Sebastian, pero a ellos no iba a invitarles de ninguna manera.

A pesar de ello, Anton se hizo el sábado por la mañana con cinco botellas de zumo de grosellas, ¡que era bien rojo!, y dos bolsas de cacahuets y palitos salados. Al fin y al cabo, sus

padres no debían sospechar nada.

Luego pensó si iba a volver a transformar su habitación en una cripta. Ganas sí que tenía... Pero no quería que Anna o Rüdiger pudieran pensar que bailaba al son que tocaba Olga y por eso sólo puso en la pared los cuadros de vampiros.

Por otra parte, su madre no se quedó contenta con eso.

—¡Ya podías poner tu habitación un poco más de fiesta! —dijo reprobatoria.

Anton se rió burlonamente.

—¿Cómo hace dos semanas..., con el cadáver?

—¡Cielo santo, no! —dijo furiosa—. Pero sí que podías coger las guirnaldas que tenemos en el sótano.

—¿Las viejas?

—O pon globos.

—¿Es que tienes alguno? —preguntó con un ademán de rechazo.

—Sí. En el armario de la cocina.

—Ah, no sé...

¡No le gustaba absolutamente nada que ella se entrometiera en los preparativos de su fiesta!

Por eso dijo:

—Hoy en día las fiestas se celebran de forma completamente diferente. ¡Pero por lo visto tú de eso no tienes ni idea!

Como esperaba, ella se mordió indignada los labios y se fue hacia la puerta.

—¡Sólo quería lo mejor para ti! —dijo cerrando la puerta.

—¿Lo mejor para mí? —se rió burlonamente Anton—. ¡¿Y quién no lo quiere?!

Por la noche transilvana

Sus padres se despidieron por fin a las siete y media. Anton observó desde la ventana de la cocina cómo se montaban en el coche y se marchaban.

—Qué suerte —suspiró.

Hasta el último momento había temido que pudieran cambiar de idea y quedarse en casa por curiosidad.

Sacó de la nevera una botella de zumo y se fue a su habitación.

Abrió la ventana por si las moscas... y se encontró con la cara del pequeño vampiro.

—Saludos, Anton —dijo el vampiro saltando del alféizar.

A todas luces estaba de un humor inmejorable, pues le tendió a Anton su huesuda mano y graznó:

—¿Qué tal?

—Bi..., bien —tartamudeó Anton..., asombrado por tanta amabilidad.

—Por la noche transilvana —exclamó volviéndose hacia la ventana—. ¡Puedes entrar!

Apareció Olga con un gran lazo amarillo en el pelo que se balanceaba de un lado a otro de forma ridícula.

—Hola, Anton —susurró dejando que Rüdiger le ayudara a bajarse.



Y como si hubiera hecho con el pequeño vampiro un curso de buenos modales, preguntó:

—¿Qué tal estás?

—Bien —contestó él aún más sorprendido.

Podía resultar una noche divertida...

Pero entonces se transformó la expresión amable de Olga.

—¿Qué le ha pasado a tu habitación? —exclamó—. ¡Tiene un aspecto horrible!

Anton se rió irónicamente.

—¿Tú crees?

—¡Sí! ¿Dónde está el ataúd? ¿Dónde están las telas negras? ¡Brrr, qué cuartucho más cursi y aburrido!

Anton se alegró interiormente de la indignación de ella, pero naturalmente no podía dejar que se notara.

—Es que los cuartos de niños son así —dijo fingiendo ingenuidad.

—¡De ninguna manera! —le contradijo violentamente—. La última vez estaba completamente diferente...; como mi querida Cripta Seifenschwein —añadió contrayendo la comisura de los labios como si fuera a echarse a llorar de inmediato.

Aquello dio pie al pequeño vampiro para intervenir.

—¡Ahora Olga está otra vez triste! —le increpó—. Y todo por tu culpa; por no haber puesto tu habitación de otra manera. ¡Y yo te lo había dicho expresamente!

—Haced el favor de dejar en paz a Anton —dijo entonces una voz clara procedente de la ventana.

Anton volvió la cabeza... y vio a Anna sentada en el alféizar.

—¿Tú? —murmuró—. Yo pensaba que...

—... que no iba a venir, ¿verdad? —completó la frase de él—. Pero tenía que venir..., ya sólo por esa de allí —dijo inclinando la cabeza en dirección de Olga.

—¡Bah! —hizo Olga dándose la vuelta con desprecio.

Anton descubrió en la mejilla de Anna una larga raya roja..., la cicatriz.

—Te habrá dolido mucho —dijo en voz baja.

—Un poco —contestó ella también en voz baja entrando en la habitación.

—Eh, ¿qué es lo que estáis cuchicheando? —exclamó el pequeño vampiro, y añadió jactancioso—: Vamos a empezar ya. ¿Tienes música, Anton?

—Tiene una radio —dijo Olga, que ya se había quedado de pie delante de la librería de Anton.

Riéndose entre dientes, empezó a girar los botones.

—No, que la vas a romper —exclamó Anton.

Olga se echó a un lado ofendida.

—Bueno, pues hazlo tú mismo. ¡Aguafiestas!

Anton puso un cassette. Sonó música pop a elevado volumen.

—¿No tienes otra cosa? —preguntó Olga con expresión contrariada.

—¿Qué es lo que quieres oír?

—Música popular —contestó, y con un movimiento rápido se quitó la capa. Debajo llevaba..., ¡un traje tirolés!

—¡El traje nacional de Transilvania! —anunció con orgullo.

Anton se quedó sin habla. Con la blusa plisada, el corpiño bordado, los botones dorados y la amplia falda hasta la rodilla podría haber salido en la televisión..., ¡con «Los Alegres Músicos Callejeros»! Aparte de eso, la ropa ya estaba algo gastada.

—Precioso, ¿no es cierto? —dijo dando una vuelta, satisfecha de sí misma—. En realidad, hay que llevar también un gorro.

—¿Un gorro? —dijo Anna irónica—. Pero entonces no se vería tu lazo y eso sería una pena.

—Tú sólo te enfadas porque tienes que ir por ahí con una capa andrajosa y no tienes un vestido tan bonito como el mío —repuso Olga.

Con una mirada a Anton añadió:

—Y porque a Anton las chicas-vampiro bien vestidas le gustan más que las cenicientas como tú.

Anna soltó un grito agudo:

—¡Oye...!

Anton dijo apresuradamente:

—A mí..., eh..., me gustan las capas de vampiro —y le guiñó un ojo a Anna.

—¿De veras? —dijo Olga—. Siendo así...

Ella se rió ladinamente y volvió a ponerse su capa de vampiro con la misma rapidez con la que se la había quitado.

—Con el vestido estabas más guapa —protestó el pequeño vampiro—. Además iba a preguntarle ahora mismo a Anton si me dejaba sus pantalones de cuero y el sombrero tirolés. ¡Así haríamos una pareja estupenda!

Olga sacudió la cabeza.

—Ya has oído que a Anton le gustan más las capas de vampiro... Y, al fin y al cabo, él es el anfitrión —añadió con una sonrisa acaramelada.

—Se podría pensar que es Anton tu novio... y no yo —observó molesto el vampiro.

Olga se rió entre dientes.

—Pues sí que lo es —contestó observando fijamente a Anna.

Pero esta vez Anna no se dejó poner nerviosa.

—En eso es Anton el que tiene la palabra —dijo tranquilamente—. Y yo no creo que Anton quiera tener por novia a una melindrosa como tú, que ni siquiera es capaz de procurarse su propia comida.

—¿Melindrosa? ¡Yo traje completamente sola mi pesado ataúd desde Transilvania hasta aquí!

—Tu ataúd plegable —dijo Anna—, que te lo ataste a la espalda.

—¡Pero hice todo el camino volando yo sola!

—¡Exacto! —exclamó el pequeño vampiro—. ¡Y ahora deja en paz a Olga o tendrás bronca conmigo!

—Me parece que deberíamos empezar la fiesta —objetó Anton.

Olga sonrió condescendiente.

—Anton tiene razón, como siempre.

Ella dio un par de pasos cortos.

—¡Me gustaría tanto bailar...! —dijo—. Pero con esta música...

—Es cierto. La música es espantosa —se adhirió a la opinión de ella el pequeño vampiro hablando a Anton de modo imperioso—. ¿No tienes algo más discreto?

—Antes te gustaba el cassette —repuso Anton—. Incluso me preguntaste qué grupo era el que tocaba.

—¿Yo? —se sorprendió el vampiro.

Luego aclaró rápidamente:

—Bueno, sí... Es que he conseguido tener un mejor gusto musical..., ¡gracias a Olga!

Anna se rió con impertinencia.

—¿Todavía mejor?

El pequeño vampiro prefirió no darse por enterado de su observación.

—¿No tienes canciones populares? —dijo dirigiéndose a Anton—. ¿O marchas militares?

—Podría mirar a ver si tienen mis padres...

—¡Oh, sí! —exclamó Olga aplaudiendo contenta.

—En seguida vuelvo —dijo Anton.

Baila un vi-va vampiro-niño

Mientras buscaba en la sala de estar entre los discos de sus padres apareció Olga.

—¿La has encontrado? —preguntó mirando a su alrededor sin ocultar su curiosidad.

—¿A quién?

—La música popular.

Anton se rió entre dientes y levantó la funda de un disco.

—El orfeón de hombres de Totenbüttel canta melodías populares —leyó él.

Olga inclinó aprobatoria la cabeza.

—Tus padres entienden algo de buena música.

En aquel momento entró en la habitación el pequeño vampiro.

—Tiene un disco estupendo —le gritó Olga—. ¡Los muertos de Männerbüttel cantan canciones populares! ^[1]

—Eso suena bien —dijo el vampiro.

—No son precisamente muertos —corrigió Anton—, aunque tampoco sepan cantar mucho mejor.

—¡Pónnoslo! —suplicó Olga.

—Tengo un disco aún más divertido: El coro de cazadores de Pequeño Oldenbüttel canta alegres canciones de caza.

La expresión del pequeño vampiro se volvió más sombría.

—¿Cazadores? ¿Y qué es lo que cazan?

—Perdices...

—¿Perdices? ¡Qué asco! —exclamó el vampiro.

—Lobos...

—Zorros...

—¡Puf!

—Conejos, venados...

—¡Seguro que también cazan vampiros! —dijo el pequeño vampiro lleno de odio—. ¡Fuera ese disco inmediatamente!

Se lo arrancó a Anton de la mano y con toda seguridad lo hubiera roto..., si no se hubiera interpuesto Anna.

Ella le quitó el disco y se lo devolvió a Anton.

—Es de sus padres —declaró ella—. Y no queremos que Anton tenga problemas en su casa, ¿o sí?

—No —dijo apocado el vampiro.

—No sé por qué tenemos que estar peleándonos constantemente —dijo Olga con voz meliflua—. Debe de ser que hay una persona que sobra en la habitación...

Mientras decía esto miraba provocativamente a Anna.

Pero Anna no se dejó sacar de sus casillas.

—Qué razón tienes —dijo mirando a los ojos de Olga fijamente.

Anton, precipitadamente, volvió a colocar el coro de cazadores en la estantería y enseñó otro disco a los vampiros.

—Mirad, éste también lo compraron mis padres en Pequeño-Oldenbüttel: Las alegres golondrinas campestres, bajo la dirección de Ernst-Albert Stóbermann.

—¿Cómo se llama el señor? —preguntó divertida Olga—. ¿Bobo? ^[2]

—Ernst Albert Stóbermann.

—¿Stóbermann?

De repente el vampiro pegó un fuerte gruñido, corrió hacia la puerta y se detuvo allí temblando.

—Pero si ese es el médico del pueblo que a mí estuvo a punto de...

Con los ojos dilatados por el miedo miró fijamente la funda del disco que Anton seguía teniendo aún en la mano.

—Eso no podía saberlo yo —dijo apocado Anton.

—¿Que no podías saberlo? ¡Pero si hasta estabas allí!

—Pero no podía imaginarme que Stobermann fuera el director del coro.

—¡Llévate el disco! —se quejó el vampiro—. Sólo de verlo me pongo malo.

—¡No! ¡Yo quiero oírlo! —dijo Olga con voz aguda.

El pequeño vampiro la miró turbado.

—Stobermann casi me asesina...

Ella se encogió de hombros.

—¿Y qué? ¿Lo ha conseguido? Pues entonces, tampoco tienes por qué excitarte.

Ella se dirigió a Anton con una sonrisa seductora.

—¡Ponlo..., para mí!

Anton titubeó.

—No sé. Si a Rüdiger le trae tan malos recuerdos...

—Precisamene por eso —dijo Olga—. Mi padre, Blasius von Seifenschwein, siempre decía que uno se forma a base de resistencia interna.

—¿A base de qué? —quiso saber Anna.

—¡A base de resistencia interna! Siempre debe hacer uno aquello que más odia. Por ejemplo, atravesar el bosque solo de noche. Con eso se vuelve uno fuerte e intrépido.

Anna puso cara de compasión.

—¿Eso lo decía tu padre?

—¡Sí, señor!

—¡Vaya una pompa de jabón!

—¿Cómo le has llamado? —se encolerizó Olga—. ¡No tienes ningún derecho a decir eso aunque se llame..., eh..., se llamara Blasius von Seifenschwein! ^[3]

Anna sonrió sibilinamente.

—No me refería a tu padre..., sino a sus métodos educativos.

—¿A sus qué?

—Tienes que admitir que su educación no ha tenido mucho éxito contigo. Por lo menos no te

has vuelto fuerte e intrépida.

Aquella observación molestó al pequeño vampiro.

—¡Deja de meterte constantemente con Olga! —recriminó.

—Gracias —susurró Olga lanzándole un beso—. ¿Puedo oír ahora el disco?

El vampiro tragó saliva. Luego, haciendo un claro intento de dominarse a sí mismo, dijo:

—Está bien.

—Eres un tesoro —canturreó ella, y se sentó en el sofá con un gesto de triunfo—. ¡Ponlo,

Anton! —dijo cruzando las piernas con afectación.

—Haz lo que dice —dijo irónicamente Anna—. Los deseos de Olga son órdenes para nosotros.

Olga le echó una mirada cáustica, pero no dijo nada.

—Pero pondré sólo la primera cara —declaró Anton—. Es que mis padres me han prohibido hacer la fiesta en la sala de estar. ¡No toquéis absolutamente nada!

—Vale —contestó Olga repantingándose en el sofá—. Ah, qué cómodo es esto —dijo entusiasmada—. Blandos cojines en lugar de las duras tablas del ataúd.

Entretanto, Anton había puesto ya el disco.

Voces de niños cantaban: *Aquí vuelve el sol querido, aquí vuelve.*

El pequeño vampiro contrajo dolorido el rostro retorciéndose como si tuviera dolor de estómago.

—Le entra a una dolor de cabeza —se quejó Anna.

Sólo Olga actuaba como si le gustara la canción.

—Precioso, preciosísimo —dijo hipócritamente.

Por suerte para los vampiros sólo era una canción corta. Después pudo oírse un coro mixto:

Baila un vi-va-vagabundo en nuestro corro, vi-va-vum.

—Un vi-va-vagabundo..., ¡qué bonito! —exclamó Olga aplaudiendo.

También se aclaró la sombría expresión de Rüdiger, y tataréó en voz baja la melodía.

Se sacude, se agita, y tras sí un saco tira... cantó el coro.



—Ven, Rüdiger, vamos a bailar —exclamó Olga saltando del sillón.

—¿Bailar? —dijo apocado el vampiro mirando de reojo a Anton—. ¿Delante de todos?

—¡Sí, venga! —exclamó impaciente Olga agarrándole de las manos.

Mientras bailaban, Olga iba cantando a voz en cuello..., pero poniendo su propia letra:

—*Baila un vi-va-vampiro en nuestro corro, vi-va-vam; se sacude, se agita y tras sí la capa tira...*

Después de un rato, Rüdiger tenía la cara coloradísima.

—¡Basta! —jadeó.

—No, ahora es cuando empieza lo bueno —contestó riéndose Olga y bailando de forma aún más salvaje.

En la frase de se sacude, se agita empujó con tanta fuerza a Rüdiger que éste chocó tambaleándose contra la lámpara de pie y sonó a cristales rotos.

La amistad termina cuando hay sangre

—¡Oh, no! —gritó Anton.

Corrió hacia allí y fue a levantarla...; entonces se chocó contra Anna, que también se estaba agachando hacia la lámpara.

La frente de ella golpeó contra su nariz, que en seguida empezó a sangrar.

Precipitadamente se puso la mano delante.

Anna le miró y se relamió lentamente con la punta de la lengua. Horrorizado, Anton se acordó de que también a ella... ¡le habían salido dientes de vampiro!

Pero luego cambió la expresión de sus ojos. Ahora su mirada sólo era de preocupación, compasiva.

El preguntó aliviado:

—¿Tienes un pañuelo?

Ella asintió y sacó de debajo de su capa un gran trapo blanco. Apeataba terriblemente cuando se lo apretó contra la nariz..., pero la hemorragia nasal disminuyó.

—¿Te duele? —preguntó compasiva.

—No.

Miró acechante a los otros dos vampiros. Olga seguía intentando hacer que Rüdiger bailara. El iba colgado de los brazos de ella como si fuera un gran muñeco y se dejaba llevar de un lado para otro.

—¡Ah, contigo una no puede divertirse nada! —exclamó ella entonces pegando un empujón a Rüdiger, que aterrizó en el sofá—. Y la música también es desatinada —protestó desconectando el tocadiscos.

—¿A qué huele aquí? —preguntó ella de repente.

Miró con suspicacia en dirección a Anna y Anton.

—Un olor tan dulce...

Ahora también prestó atención Rüdiger. Levantó la cabeza, olfateó. En su rostro apareció una sonrisa arrobada.

—¡Huele a sangre!

Anton apretó con más fuerza aún el pañuelo contra la nariz.

—¿Sangre? ¿Y por qué se os ocurre eso? —dijo.

—¿Qué te pasa en la nariz? —preguntó Olga incisiva.

—¿En la nariz?

Anton reflexionó febrilmente sobre qué podía contestarla.

—¡Tengo catarro..., catarro del heno!

En la frente de Olga se formó una arruga inclinada. Sin creérselo dijo:

—¿Así tan de repente?

—Sí —asintió Anton—. Es por los granos de polen, que vienen con el aire cuando uno menos lo espera.

—¿Con la ventana cerrada?

—No. Se quedan pegados en la ropa. Y cuando uno se mueve mucho... —aquí Anton tuvo que reírse irónicamente al pensar en el frenético baile de Olga— se desprenden.

Olga y Rüdiger cambiaron una mirada.

Luego exclamó el pequeño vampiro:

—¿Quieres que te diga lo que yo creo? Tú no tienes catarro del heno, ¡tú lo que tienes es una hemorragia nasal!

En las últimas palabras su voz cobró un tono más ronco.

Anton intentó reírse.

—¡Qué imaginación tienes!

Aflojó la presión del pañuelo y esperó...

¡La hemorragia se había cortado!

Loco de alegría exclamó:

—¡Atended, ahora os voy a demostrar que realmente tengo catarro del heno!

Para demostrarlo estornudó fuertemente dos veces... y sintió lleno de pánico cómo su nariz empezaba nuevamente a sangrar.

¡Y esta vez lo habían visto los tres vampiros!

Miraban extasiados la sangre de color rojo oscuro que fluía de la nariz de Anton.

«¡Como fieras que quieren abalanzarse sobre su presa!», pensó Anton. Notó que se estaba mareando.

—¿No tendréis alguno otro pañuelo? —preguntó mirando a Anna en busca de ayuda.

Ella pareció despertar de su ensimismamiento al oír el sonido de su voz. Buscó turbada bajo su capa y sacó un segundo pañuelo más pequeño. Iba a dárselo a Anton, pero Rüdiger se lo arrebató de la mano.

—¿Es que te has vuelto loca? —gritó—. ¡La preciada sangre!...

—¡No se debe desperdiciar ni una gota! —completó Olga avanzando hacia Anton con una ávida sonrisa.

Entonces Anna se puso delante de Anton para defenderle.

—Yo creo que sois vosotros los que os habéis vuelto locos —gritó ella—. ¿Os habéis olvidado de que Anton es nuestro amigo?

—¿Amigo? —refunfuñó Olga—. Cuando hay sangre para mí no hay amistad que valga. —Cogió a Anna del brazo—. Lo que pasa es que a ti te da envidia de que yo vaya a tener un pequeño refrigerio...; lo quieres todo para ti, ¿no es cierto? —exclamó con odio—. Pero eso lo voy a impedir yo. Anton me pertenece a mí..., sólo a mí.

Dicho esto, empujó a Anna a un lado y se aproximó a Anton con la boca muy abierta.

Pero después, increíblemente, se quedó parada.

—¿Dónde está la sangre? —preguntó.

Anton se tocó la nariz y comprobó asombrado que ya no sangraba. Se acordó de algo que había leído en una ocasión: el mejor medio para que deje de sangrar la nariz es un susto fuerte. Al menos en su caso, este dicho había demostrado ser cierto, porque al ver los dientes de vampiro de Olga casi se le había parado el corazón. Y este shock había hecho que se cortara la hemorragia de

la nariz.

—¿Qué sangre? —dijo alegremente—. Ya os había dicho yo que tenía catarro del heno.

Con estas palabras, se incorporó y fue al cuarto de baño, donde se lavó los delatores restos de sangre que tenía en la nariz.

¡Vivan los tornillos!

Cuando regresó a la sala de estar se encontró todo terriblemente revuelto: todas las puertas del armario estaban abiertas y la alfombra estaba cubierta de confeti. Y en medio de todo ello Olga y Rüdiger estaban pegando saltos encima del sofá nuevo de sus padres, como si fuera un trampolín.

—¡A vosotros os falta un tornillo! —gritó Anton.

—¿Un tornillo? —se rió Olga para sus adentros—. ¡Vivan los tornillos!

Al decir esto le dio a Anton con una serpentina en la cara. El pequeño vampiro dejó escapar el aire de un globo rojo produciendo un fuerte chirrido.

—¡Mis padres no me van a volver a dejar celebrar nunca más una fiesta! —exclamó Anton.

—¿Y por qué no? —Olga se hizo la ignorante.

—¡Me habían prohibido hacer la fiesta en la sala de estar!

Olga abrió una nueva bolsa de confeti y esparció el contenido por encima del sofá.

—¿De veras? No lo entiendo. Nosotros en Transilvania siempre celebramos las fiestas en la sala más hermosa y más grande del castillo.



—¿Y si vienen mis padres ahora?

—Entonces pueden unirse a la fiesta.

—¡Exacto! —asintió el vampiro saltando hasta una altura considerable.

—¡Sois unos cerdos!

Anton estuvo a punto de echarse a llorar.

—Vosotros no pensáis nunca en mí.

—¿Tú crees? —sonrió Olga—. Yo sueño todas las noches contigo..., con tu esbelto y blanco cuello...

—¿No sueñas conmigo? —exclamó desarmado el vampiro.

—¿Contigo? —se rió para sus adentros—. Sí..., a veces.

Rüdiger se puso radiante.

—¿De verdad?

—Sí; cuando tengo una pesadilla.

El pequeño vampiro puso una cara tan ofendida, que Anton a punto estuvo de reírse de ambos a pesar de la indignación que tenía.

—¿Y quién va a recoger todo esto? —exclamó.

Olga se encogió de hombros.

—Tu madre —propuso.

—¿Mi madre? ¡No conoces tú a mi madre!

—Pues entonces tu padre y tu madre.

—Mis padres no moverán ni un dedo.

—No comprendo por qué te excitas tanto —dijo ella saltando del sofá—. Con estos papelillos tan divertidos la habitación tiene un aspecto mucho más agradable que antes. Yo la dejaría así de todas maneras.

—¡Tú sí! Pero mis padres no. Odian el desorden.

—Pues pregúntale a Anna si te ayuda a recoger.

—¿Anna?

Sólo ahora se dio cuenta de que ella no estaba.

—¿Dónde está?

Olga hizo un movimiento de desprecio con la cabeza.

—La hemos echado.

—¿Echado? —exclamó estupefacto Anton.

¡Anna había sido esa noche su única aliada!

—Porque es una aguafiestas.

—Cierto —asintió el vampiro—. No nos permitía ni la más mínima diversión.

E intentando imitar la voz de Anna, puso el grito en el cielo:

—¡Fuera del armario! ¡No abráis las puertas! ¡No miréis dentro! ¡No saquéis nada, eso no es vuestro! ¡No os subáis al sofá!

—Sí, y entonces la cogimos y la echamos a la calle.

—¿La habéis tirado por la ventana?

—No..., sólo la hemos echado de la habitación.

—¿Y dónde está ahora?

Olga se encogió de hombros con indiferencia.

—Probablemente esté en tu cama con el morro fruncido.

—¿En mi cama?

La idea no le gustaba demasiado.

Anton salió corriendo.

Anna la aguafiestas

Cuando Anton entró en su habitación, Anna estaba sentada ante el escritorio.

Levantó de mal humor la cabeza y dijo:

—No me molestes. Estoy leyendo.

—Anna, tienes que volver allí como sea —rogó él.

—No tengo ninguna gana de participar en vuestra descabellada fiesta —repuso fríamente.

—¡No, tienes que ayudarme!

—Prefiero leer —contestó señalando el libro.

Era... ¡«Romeo y Julieta»!

—¿Lo conoces?

—¿Yo? —murmuró apocado Anton—. Ejem..., me ha parecido bastante aburrido.

—Sí, el principio es realmente aburrido —concedió ella—. Pero luego lo he seguido hojeando y he descubierto el final. Y me parece hermosísimo.

Mientras decía las últimas palabras sus ojos brillaban.

—¿Has leído el final?

—No —dijo Anton.

¡Ya se podía imaginar por qué a ella le gustaba tanto!

—Es una historia de amor —aclaró ella—. Romeo y Julieta se aman, y nada puede separarles, ni siquiera la muerte.

—¿De veras?

—Sí. Y cuando ella está muerta él la sigue sin vacilar a su reino de tinieblas.

—Pero ella sólo estaba muerta aparentemente —objetó Anton.

El gesto de Anna se ensombreció.

—O sea, que entonces sí lo has leído.

—Mi padre me ha contado el final.

Ella hizo un ademán de impaciencia y enojo.

—Aparentemente muerta o no..., ellos mueren de todas formas. Y luego permanecen unidos para la eternidad..., como quizá nosotros también algún día.

A Anton le sacudió un escalofrío.

—A mí el final me parece triste —dijo con premura.

—¿Triste?

Ella le miró sin comprender.

—¡Es la historia de amor más bella y confortante que he leído nunca!

—Pero a Romeo y Julieta les hubiera gustado mucho más permanecer con vida. Tuvieron que morir solamente porque sus casas paternas estaban enemistadas entre sí.

—Bah... ¡Vida!

Anna prorrumpió en lágrimas.

—¿Qué es eso en comparación con un amor sin fin?

Se levantó sollozando y le dio la espalda a Anton. Él estaba allí de pie sin saber qué hacer.

Entonces oyó un ruido en el pasillo e inmediatamente después Olga asomó su cabeza por la puerta.

—¿Tenéis problemas? —preguntó riéndose irónicamente y con malicia—. Bueno, no importa.

Ahora empieza la parte divertida de la noche: ¡el baile transilvano de los huevos y los tomates!

Enseñó orgullosa una fuente llena de huevos y tomates.

—¿Qué vais a hacer con eso? ¿Es que os habéis vuelto majaretas? —exclamó Anton.

Olga se rió satisfecha.

—Sí que lo estamos —contestó, y desapareció.

—¡Anna, tienes que ayudarme! —dijo Anton implorante.

Luego salió corriendo detrás de Olga.

En la sala de estar ella colocó la bandeja encima de la mesa, cogió un par de huevos y tomates y saltó al sofá.

—¡Que mire todo el mundo! —graznó ella—. Ahora Olga, señorita von Seifenschwein, les mostrará el único, inimitable, transilvano...

No pudo seguir adelante, pues en ese momento sonó el timbre de la puerta.

La vanidosa sonrisa de Olga se desvaneció.

—¿Quién será? —preguntó desconfiada.

Anton puso cara de perplejidad.

—Ni idea. Quizá algún vecino para quejarse.

Ahora oyeron cómo alguien golpeaba contra la puerta..., alguien que tenía que estar muy indignado. Los golpes retumbaron por toda la vivienda.

Olga empezó a temblar con todo el cuerpo como una hoja.

—¡Ahí! ¡Ahí están! —tartamudeó.

—¿Quién? —preguntó el pequeño vampiro.

—¡Los cazadores de vampiros! —contestó ella temblando.

Volvió a echar los huevos y los tomates en la bandeja y corrió hacia la ventana.

—¿Qué vas a hacer? —exclamó el vampiro.

—¡Huir!

Abrió la ventana de una forma tan violenta que dos tiestos se estamparon contra el suelo.

—Pero si no tenemos porqué abrir... —repuso Rüdiger.

—¡Entonces echarán la puerta abajo! —gritó Olga.

Estaba casi fuera de sí del miedo y tuvo que agarrarse al marco de la ventana.

—¡Olga! En ese estado no puedes volar de ninguna manera —le dijo implorante el pequeño vampiro.

Volvieron a resonar sordos golpes en la puerta.

Olga pegó un grito y salió volando.

—¡Espérame, Olga! —exclamó el pequeño vampiro echando a volar tras ella.

A Anton se le habría quitado un peso de encima..., si no hubiera sido porque ahí volvían a estar los golpes en la puerta.

¿Quién podía ser?

¿Vecinos? ¿La policía?

Lleno de miedo, se deslizó hacia la puerta y exclamó:

—¿Quién está ahí?

Oyó una risa contenida. Luego una voz dijo:

—Soy yo, Anna.

—¿Anna?

—¡Abre de una vez! —exclamó ella golpeando impaciente la puerta.

Anton abrió la puerta.

—¿Qué, ha dado resultado? —preguntó ella con una picara sonrisa, y entró.

—¿El qué?

—El truco con el que quería deshacerme de Olga.

Observó el interior de la sala de estar y asintió satisfecha.

—No sé en absoluto de qué estás hablando —dijo Anton.

—¿No has oído los fuertes golpes? ¡Era yo!

Se rió enseñándole a Anton sus pequeños puños.

—La verdad es que me he hecho muchísimo daño —dijo ella—, pero por ti lo he hecho con gusto.

—¿Por mí? —exclamó sorprendido Anton.

—¡Sí! Al fin y al cabo te tenía que ayudar, ¿no?

—Ayudar sí..., pero no aporrear la puerta.

—Ese era precisamente el truco —declaró llena de orgullo—. Olga nos había contado que nada le asusta tanto como el ruido que hacen los golpes fuertes contra una puerta.

—¿Y por qué?

—Tiene algo que ver con los cazadores de vampiros que irrumpieron en el castillo y a sus padres..., bueno, ya sabes.

—Pobre Olga —dijo Anton en voz baja.

Apenas lo había dicho se puso colorado. Compadecer a Olga...: eso era lo que menos podía hacer en aquel momento.

Anna le miró con los ojos echando chispas.

—¿Es eso todo lo que tienes que decir? —exclamó—. ¡Seguro que no te interesa en absoluto el hecho de que yo haya puesto mi vida en peligro para ayudarte!

—¿Tu vida en peligro? —balbució Anton.

—Primero tuve que recorrer a hurtadillas el pasillo sin que me descubrierais, y luego tuve que esperar una eternidad delante de la puerta de la vivienda y golpear con los puños contra ella. ¡Imagínate si alguien me hubiera descubierto ahí fuera! ¡Me habrían podido tomar por una ladrona!

—Has sido muy amable —dijo apocado Anton.

—¡Amable! Odio esa palabra —exclamó colérica.

—Quería decir que has sido muy... —titubeó buscando una expresión halagadora—. ¡Has sido muy valiente! —declaró entonces.

—¿Verdad que sí?

Ella volvió a sonreír.

—Creo que ahora tengo que recoger —murmuró él, y, sombrío, observó el caos que había en la habitación.

—Te ayudaré —se ofreció Anna—. Dos lo hacen más deprisa.

Anton carraspeó.

—Eso es realmente muy amable..., digo..., gentil.

—¿Gentil? —repitió Anna suspirando—. ¡Ay, Anton...!

Los padres de Anton

Cuando, agachados sobre la alfombra el uno junto al otro, recogían los papelillos, Anton dijo:

—Hay una cosa que lamento.

—¿El qué?

—¡Que ahora nunca me enteraré de cómo es el baile de los huevos transilvano!

—Alégrate —respondió ella—. Por lo que conozco a Olga sería una guarrería.

—Sí, seguramente. Y limpiar huevos crudos del suelo seguro que no hubiera sido muy...

Se interrumpió porque oyó cómo se abría la puerta de la vivienda.

—¡Mis padres! —exclamó poniéndose pálido como un muerto.

Miró el reloj: sólo eran poco menos de las diez.

—¡Nunca vuelven tan pronto!

Y en la sala de estar aún estaba todo mangas por hombro...



—Preferiría desaparecer en el aire —susurró él.

—Yo también —dijo Anna mirando de reojo con anhelo a la ventana abierta.

Oyeron entrechocar perchas: los padres de Anton aún estaban quitándose los abrigos y colgándolos en el guardarropa.

—¡Ahora no puedes dejarme solo! —suplicó Anton—. Estando tú seguro que no me regañan tanto.

—¿Tú crees?

Anna puso cara de duda.

—¿Y si ven mi capa de vampiro?

—Bah..., ya se han acostumbrado a las capas de vampiro —afirmó.

—¿Anton?

Esa era la voz de su madre.

—Sí, aquí estoy —respondió quejumbroso.

—¿Dónde estás?

Se aproximaron pasos enérgicos... y luego los padres de Anton aparecieron por la puerta.

—¿En la sala de estar? Te habíamos dicho expresamente que...

Ella enmudeció y miró a su alrededor con los ojos muy abiertos.

—No, no puede ser..., nuestra hermosa sala de estar...

—¡Qué vergüenza! —empezó a echar pestes el padre de Anton—. ¡Tú mira cómo está la alfombra! ¡Y los tiestos..., rotos! Como si hubieran pasado por aquí los vándalos...

Anton se hizo tan pequeño como era posible y dirigió una mirada preocupada a Anna. Ella se había echado la capa por encima de la cabeza. De su cara tan sólo se veía la punta de la nariz.

—¡El sofá..., lleno de confeti! —exclamó la madre de Anton—. Y los cojines están como si alguien hubiera estado saltando encima de ellos por todas partes.

El padre de Anton pegó un grito:

—¡El tocadiscos! Apuesto a que también lo han usado.

Con gesto sombrío observó fijamente a Anton.

—¿Tengo razón?

Anton hubiera preferido que se le tragara la tierra.

—Sí —dijo temblando.

Su padre levantó indignado la tapa del tocadiscos... y soltó un grito:

—¡Aún está en marcha!

—Pero... —empezó Anton y enmudeció.

Si admitía que era culpa de Olga pondría las cosas aún más difíciles.

—¡Esto ya es el colmo!

El padre de Anton sacudió excitado la cabeza, su cara se había puesto roja y las comisuras de sus labios se movían espasmódicamente.

—Te dejamos que hagas una fiesta, confiamos en ti...

Se quedó de pie ante Anton espumajante de rabia.

—¿Y tú? ¿Estás loco, o qué?

Las últimas palabras las dijo chillando.

Después hubo un silencio de segundos.

Luego una delicada voz dijo:

—¡Por favor, no le pegue!

Era Anna. Se había echado la capa para atrás y miraba con audacia al padre de Anton.

—¡Por favor, no pegue a Anton!

El padre, perplejo, la miró fijamente.

—¿Tú? —dijo.

—¡Sí! —contestó Anna con voz firme—. Me he quedado a propósito para ayudar a Anton.

Los padres intercambiaron una mirada y antes de que pudieran responder nada Anna siguió diciendo:

—Pegar a los niños está mal. Sólo las personas débiles lo hacen.

El padre de Anton tuvo que reírse.

—¿Por qué crees que iba a hacerlo?

—Le ha mirado usted tan furioso...

—¡Es cierto! —dijo la madre de Anton—. Cuando te enfadas por algo, a veces das pavor.

—¿Yo..., pavor?

Tras un ademán de rechazo se llevó la mano a la barbilla.

—Sea como sea, yo nunca pegaría a Anton.

—¡Menos mal! —suspiró Anna.

Luego añadió con descaro:

—Además, precisamente estábamos recogiendo. Si no hubieran venido ustedes tan pronto, lo hubiéramos conseguido.

Anton la miró de soslayo con admiración. No parecía asustarse ni lo más mínimo...; al contrario: era como si hubiera intimidado a sus padres con su intrépida y arrogante intervención.

El padre de Anton ya había vuelto a poner incluso cara de alegría..., a pesar del desorden.

—Por cierto..., si hemos vuelto tan pronto ha sido solamente porque queríamos haceros fotos —dijo—. Pero, ¿dónde están los demás invitados?

—¿Los demás invitados? —repitió Anton para ganar tiempo—. Sí, bueno, pues..., ya no tenían ganas de seguir. Primero han puesto todo patas arriba y luego se han largado por las buenas.

Su madre le miró incrédula.

—Ya, ya..., siempre son los demás. Tú no tienes ninguna culpa, claro.

—No —respondió de acuerdo con la verdad.

Pero, naturalmente, ella no le creyó.

—¡Seguro que vosotros dos tampoco sois unos angelitos! —dijo.

Anna se rió con voz cantarína.

—¿Angelitos? No, realmente no soy un ángel.

El padre de Anton había traído entretanto su cámara fotográfica.

—Poneos los dos juntos —dijo— para que os pueda hacer una bonita foto... ¡Romeo y Julieta!

—¿Tenemos que hacerlo? —gruñó Anton.

—¡Claro que sí! —se rió entre dientes Anna colocándose junto a él.

El padre giró el objetivo..., luego hubo un flash.

Anna pegó un grito y se tapó el rostro con las manos.

—¡Ay! ¡Mis ojos! —gimió Anna.

El padre de Anton, sorprendido, dejó caer la cámara fotográfica.

—¿Qué te pasa?

—¡La luz..., ay, ay, ay!

—¿No habías visto nunca un flash?

—¿Un flash? —dijo Anna mirando temerosa a través de sus dedos—. ¡Ha sido tan terriblemente deslumbrante como el sol!



—A ti no debe de gustarte el sol... —observó la madre de Anton.

—¡No!

—Ya se ve por lo pálida que estás. Deberías ponerte al sol más a menudo; así tendrías algo de color.

—¿Yo? ¿Al sol? —exclamó Anna temblando.

—Sí. Imagínate lo horrible que sería la Tierra sin sol. Tendríamos que vegetar en la eterna oscuridad. ¿Te gustaría a ti eso?

—Yo..., ahora tengo que marcharme —balbució Anna yendo hacia la puerta tambaleándose.

—Te llevaré a casa —dijo el padre.

—No es necesario —contestó con voz apagada.

—¿Cómo que no es necesario? Es casi medianoche. Luego te vas a encontrar... ¡vampiros! —añadió haciéndole un guiño a Anton.

—Yo no le tengo miedo a los vampiros —declaró Anna.

—Ya me lo imagino —dijo riéndose—. Creerían que eres uno de ellos..., con tu extraña capa. Pero, a pesar de todo, te llevaré a casa, aun cuando no tengas miedo de los vampiros.

Cogió a Anna del brazo. Ella se dejó llevar: ¿qué podía hacer si no?

Anton oyó cómo se cerraba la puerta de la vivienda.

—Esperad —exclamó siguiendo un impulso repentino—. Voy con vosotros.

—¡Alto! ¿Voy a tener acaso que recoger todo yo sola? —exclamó indignada su madre.

—En seguida vuelvo —dijo Anton, y antes de que ella pudiera evitarlo se marchó a toda

velocidad.

Escapada

Corrió tan deprisa como pudo, pero el ascensor ya se había marchado.

Por ello, bajó corriendo las escaleras y llegó abajo sin respiración.

Abrió de un tirón la puerta de la casa... y vio a su padre recorriendo de arriba a abajo la acera mirando por los arbustos.

¡Al parecer Anna había conseguido escaparse de él!

—¿Buscas a alguien? —preguntó alegre Anton.

—Sí, a Anna. Se le había metido una piedra en el zapato y se paró. Yo seguí andando despacio... y cuando me volví hacia ella había desaparecido.

A Anton le costó trabajo no reírse.

—Es que ella no quería que la acompañaran.

—¡Eso es una locura! Una chica pequeña..., a estas horas sola por la calle...

—A Anna le gustan las noches de luna. Cuando hay luna llena siempre sale a pasear.

Su padre, incrédulo, le miró de soslayo.

—¿Cuántos años tiene realmente Anna?

Anton vaciló. Al final dijo:

—Aproximadamente ciento cincuenta.

—¿Cómo dices? ¡Tú quieres tomarme el pelo!

—Quizá ya incluso ciento sesenta.

—¡Ya, ya! —dijo irritado el padre—. Y si yo ahora te pregunto dónde vive ella, contestarás que en el cementerio. ¿No es cierto?

—¡Exacto! —se rió irónicamente Anton.

—Bien —dijo con sagacidad su padre—. Entonces iremos inmediatamente al cementerio.

Anton tragó saliva.

—¿Qué es lo que vas a hacer allí?

—Asegurarme de que Anna ha llegado bien a casa.

—Pero...

—¡Vamos! Nuestro coche está allí delante.

Anton no se movió.

—Creo que mejor me quedo aquí.

—Entonces dime la dirección de Anna... ¡La auténtica!

—¿La di..., dirección?

—Sí. ¿Crees tú que la iba a dejar marcharse simplemente sin preocuparme más por ella? Los padres después me denunciarían a la policía.

—Ellos seguro que no —dijo Anton con voz débil.

—Venga, ¿dónde vive?

—Eh...

Anton reflexionó febrilmente sobre qué iba a responder. Dar una dirección falsa tampoco serviría de nada, pues su padre iría hasta allí y llamaría a la puerta.

—No sé cómo se llama la calle...

—¡Pero si ya has estado a menudo allí!

—Sí, pero...

—Entonces tendrás que venirte e indicarme el camino.

Anton intentó poner una última excusa:

—Pero no conozco el camino en la oscuridad.

Pero su padre no se dejó engañar.

—Tonterías —dijo yendo hacia el coche con rápidos pasos.

A Anton no le quedó más remedio que seguirle.

Oscuras figuras

En el coche el padre preguntó:

—¿Y ahora por dónde?

Anton se movía inquieto de un lado a otro en el asiento trasero.

—Eh..., pues primero de frente.

Su padre puso el motor en marcha.

—¿Y luego?

—Lu..., luego, en el semáforo a la izquierda.

—Pero la calle va al cementerio...

—Es que Anna vive en la parte de atrás del..., digo..., detrás del cementerio.

¡A punto había estado de delatarse!

—¿Hay allí alguna casa siquiera? —preguntó el padre dudando.

—Claro —afirmó Anton aun cuando ni él mismo estaba seguro.

Pero ya se le ocurriría algo cuando estuvieran allí.

El coche se deslizaba lentamente por las calles nocturnas. En ellas no había un alma y ya sólo había luces encendidas en pocas casas.

Anton pensó que un viaje de noche como aquél podría ser incluso muy romántico..., si no tuviera esa extraña sensación en el estómago.

De pronto su padre se echó a reír.

—¡Mira allí!

—¿Dónde?

—En ese camino pequeño.

Anton vio ahora también las dos figuras que había debajo de un gran árbol discutiendo vivamente. Llevaban largos abrigos o capas negras, y sus rostros tenían un brillo blanquecino.

¿Eran acaso..., vampiros?

—¡Tiene gracia! —opinó el padre—. También llevan una capa como la de Anna.

—Para —exclamó Anton con voz ronca.

—¿Por qué? —dijo el padre acercándose, no obstante, a la acera.

—¡Y apaga el motor! —dijo implorante Anton.

En ese momento ambas figuras se volvieron y miraron fijamente hacia ellos.

El padre de Anton dio un grito.

—¡Pero si es Anna! —exclamó—. ¿Y quién es la otra?

—¿La o..., otra? —tartamudeó Anton, que estaba tan perplejo como su padre—. ¡Es Ti..., Tía Dorothee!

—¿Tía de Anna?

—Sí —dijo temblando Anton. Al ver a Tía Dorothee le había corrido un escalofrío por la espalda. Su padre se rió.

—Si es tía de Anna puedo estar completamente tranquilo. Pero, de todas formas, iré a hablar con ella un momento —declaró queriendo ya abrir la puerta del coche.

—¡No! —exclamó Anton sujetándole de la manga.

—¿Por qué no?

—Porque..., la tía de Anna es..., muy huraña.

—¡Ah! ¿Sí? —se rió simplemente el padre, y se apeó.

Pero entonces Tía Dorothee y Anna dieron media vuelta sobre sus talones y salieron corriendo de allí perdiéndose en la oscuridad.

El padre de Anton se quedó perplejo parado al lado del coche.

—¿Por qué han salido huyendo de mí? —se sorprendió.



Anton se rió irónicamente.

—Probablemente has vuelto a poner una cara de las que dan pavor.

Su padre le lanzó una mirada colérica, pero no dijo nada. Miró indeciso hacia la otra acera. Luego volvió a entrar en el coche.

—Me parece un poco extraño —dijo—. Pero siendo su tía la dejaré segura en casa.

—Seguro.

—¡Regresemos!

El padre puso el motor en marcha.

—¿Ya? —dijo satisfecho Anton—. Ahora que empezaba a divertirme.

Su padre se volvió hacia él y se rió irónicamente diciendo con retintín:

—Recoger también es divertido.

—Bah —dijo distendido Anton—. Mamá seguro que ha terminado hace ya tiempo.

Pero, desgraciadamente, se había equivocado. Cuando entraron en la sala de estar su madre estaba sentada en el sofá, tenía las piernas en alto... ¡y estaba leyendo!

—¿Habéis llevado a Anna a su casa? —preguntó.

—Sí... o mejor dicho no —titubeó el padre de Anton. Seguramente no quería reconocer que Anna se le había escapado—. Se encontró con su tía por el camino.

—¿Con su tía? ¡Vaya, qué casualidad!

—De todas formas, era una extraña tía. Apenas me vieron, salieron corriendo las dos de allí. Pero, a pesar de todo, creo que habrá llevado a Anna sana y salva a su casa.

—¡Gracias a Dios!

La madre suspiró aliviada.

Cerró su libro y se puso de pie. Con una mirada a la confusión que reinaba en la habitación dijo:

—Anton debería irse ahora rápidamente a la cama. Mañana temprano tiene mucho que recoger.

—Siempre yo —gruñó Anton trotando hacia la puerta.

—Pregunta a tus amigos a ver si te ayudan —propuso su padre.

Anton le miró por encima del hombro y dijo abismático:

—¿Mañana temprano? Estarán aún en los ataúdes.

Oyó cómo su madre jadeaba indignada.

—¿Ataúdes? —se rió su padre—. ¿Es la nueva moda en camas?

—Sí —gruñó Anton—. Buenas noches.

Cine

Al día siguiente estaba lloviendo. En el cielo había espesas nubes y todo era gris y oscuro...: exactamente igual que los ánimos de Anton.

Estaba sentado desayunando, de mal humor, metiéndose en la boca una rebanada de pan con miel.

Su madre miraba por la ventana.

—Qué lástima —dijo ella—. Precisamente hoy que queríamos hacer algo.

Anton levantó interesado la cabeza.

—¿Hacer algo? ¿Conmigo?

—Tú tienes que recoger —repuso ella.

—Gracias por recordármelo —dijo Anton rechinando los dientes—. Casi se me había olvidado.

—Podríamos ir esta tarde al cine —propuso el padre de Anton.

—¿Al cine? ¡Oh, sí! —exclamó contento Anton—. Creo que ponen una película de vampiros.

—Una película de vampiros..., lo que me faltaba —dijo su madre.

El padre de Anton se rió.

—¿Por qué? En un domingo pasado por agua eso puede ser precisamente la distracción adecuada.

Ella, a la defensiva, preguntó:

—¿Y qué clase de película es? Seguro que es una de esas mamarrachadas del año de la pera en la que se salpica el tomate a litros.

—Pues eso es divertido —se rió Anton para sus adentros.

—Y además, así al fin podrás intervenir en la conversación cuando se hable del tema favorito de Anton —dijo el padre.

—No sé.

Ella titubeó. Después de una pausa dijo:

—Pero quizá tengas razón. Quizá debería ver realmente una de esas películas para saber qué es lo que ven en ello los niños de hoy.

—¡Oh, bien! —gritó de alegría Anton.

—Pero lo primero que tienes que hacer es recoger —dijo ella— para que podamos volver a entrar en nuestra sala de estar.

—¿Recoger? ¡No hay problema! —contestó alegre levantándose de la mesa.

Canturreando *Baila un vi-va-vampiro-niño por nuestra casa puso manos a la obra*. Estaba muy contento: le esperaba una entretenida tarde de domingo, ¡y no tenía que pagar la entrada para ver una película de vampiros!

De todas formas, cuando salieron a las seis del cine, Anton dudaba que su idea hubiera sido realmente tan buena.

El rostro de su madre estaba de color cenizo. Dentro del coche hizo recaer en seguida la conversación sobre Anna y Rüdiger:

—Tus extraños amigos me dan ahora aún más miedo.

—¿Y por qué? —se hizo el ingenuo Anton.

—Sus capas, las caras blancas...: todo es exactamente igual que en la película.

El intentó reírse.

—Es que a Anna y a Rüdiger también les gusta el cine.

—No les he visto ni una sola vez a plena luz del día —dijo pensativa—. Y luego ese olor especial que despiden...

—Bah, no son más que cosas de niños —repuso el padre—. Los dos se divierten teniendo un aspecto diferente.

—¡Exacto! —apoyó Anton aliviado—. En el colegio los profesores siempre dicen que no hay que tener prejuicios contra la gente que tiene un aspecto diferente.

Su madre le miró con enojo, pero no dijo nada. Puso en marcha el motor y salió con precaución del hueco donde estaba aparcado el coche.

Seguía lloviendo, y puso en marcha el limpiaparabrisas.

—¡Oh, vaya, los pobres vampiros! —bromeó el padre de Anton—. Con este tiempo se les van a empapar las capas. Seguro que esta noche tendrán que ir a pie.

—¡Muy chistoso! —dijo la madre colérica.

De repente tuvo que frenar en seco: una figura con una larga capa negra había cruzado la calle corriendo por delante del coche.

—¿Lo ves? —se rió irónicamente el padre—. Ese era ya el primer vampiro.

Ella giró la cabeza hacia él y dijo con voz baja e irritada:

—¿Eso crees? Entonces parece que no has puesto atención en el cine.

—¿Por qué?

—Porque el sol no se ha puesto todavía.

Gotas de lluvia que golpean en la ventana.

También llovía aún cuando Anton se metió en la cama. Escuchó atentamente en la oscuridad con los ojos abiertos. Las gotas golpeaban regulares y arrulladoras contra el cristal.

Pero luego el ruido se volvió tan alto y tan fuerte que se incorporó enfadado.

—Con este ruido no hay quien se duerma —gruñó..., pero luego se le ocurrió que posiblemente no fuera sólo la lluvia lo que golpeaba contra su ventana...

Saltó de la cama y echó a un lado las cortinas..., y en efecto: en el poyete de la ventana estaba Anna. Su rostro brillaba por la humedad, pero sonreía. Anton abrió la ventana. Ahora vio que ella llevaba una amplia y negra capa impermeable cuya capucha se había echado por encima de la cabeza.

—Hola, Anton —dijo con voz dulce.

—¿Tú? —murmuró—. Yo pensaba que los vampiros no podrían volar cuando llueve...

—¿Por qué no? —respondió ella—. Sólo tenemos que ponernos encima nuestro impermeable... También he traído uno para ti —añadió sacando una segunda capa impermeable.

—¿Para mí? —preguntó asustado.

—Sí. Hoy tienes que ayudarme tú a mí.

—¿Yo? Pero...

Miró hacia la puerta. En la sala de estar estaban sus padres sentados delante de la televisión.

—Olga se marchó anoche de golpe y porrazo —le contó susurrando—. Y ahora Rüdiger vaga completamente desesperado de un lado al otro del cementerio y no quiere comer nada hasta que no regrese Olga.

—¡Pero eso puede resultar peligrosísimo para él! —dijo Anton.

—¡Y tampoco se ha puesto su impermeable! Si Geiermeier y Schnuppermaul le descubren ahora, no podrá salir volando porque su capa está completamente empapada.

Anton callaba consternado.

—¿Y vuestros padres? ¿No cuidan de vosotros? —preguntó después.

Ella sacudió la cabeza.

—Ya sabes cómo son las cosas entre nosotros. Bastante tiene que hacer ya uno por sí mismo... Por eso tienes que ayudarme. ¡Tienes que hablar con él!

Anton titubeó.

—¿Y Olga se ha marchado de verdad?

—¡Por suerte!

—¿Por lo de anoche?... ¿Por lo fuerte que golpeaste la puerta?

—Sí —dijo Anna.

Impaciente añadió:

—Pero ahora ven de una vez antes de que a Rüdiger le pase algo.

—¡Espera!

Anton fue hasta la puerta y dio una vuelta a la llave. Luego se puso un jersey, los pantalones y las zapatillas de deporte.

—¿Qué haces para tardar tanto? —preguntó nerviosa Anna.

—Nada —contestó rápidamente acercándose a la ventana.

Ella le tendió una capa de vampiro.

—Esta es la capa de Tío Theodor que tenía Olga. Y encima de ella va el impermeable.

Le puso con habilidad las dos capas. El impermeable era sorprendentemente ligero; Anton apenas lo notaba. Con precaución, hizo un par de movimientos con los brazos... y empezó a flotar.

—¿De verdad que se puede volar con esto? —preguntó dudando.

Anna se rió en voz baja.

—¡Pues claro! Nosotros usamos estos impermeables desde hace ciento cincuenta años y nunca se ha caído nadie.

Anton no encontró tranquilizadora aquella información.

—Se va tan apretado aquí debajo... —se quejó.

—Ya te acostumbrarás —dijo ella.

Anton miró la lluvia, que caía a mares, y suspiró. ¡Con aquel tiempo no se asomaría a la puerta ni un loco!

Echó una última mirada melancólica a su cálida y seca cama...; después salieron volando.

Escritura secreta

La lluvia parecía venir de todas partes. Anton intentaba volar tranquila y regularmente. Pero las grandes y pesadas gotas le golpeaban directamente en la cara.

—¡Maldita sea, ya no puedo ver nada! —soltó entre dientes pasándose el dorso de la mano por los ojos.

—Vuela simplemente detrás de mí —le gritó Anna.

—Mi brazo... ¡Se me ha quedado enganchado en la capa!

—¡Espera! Te ayudaré.

Se colocó volando a su lado.

—¡Dame la mano!

El le tendió la mano temblando. Ella la cogió y le atrajo hacía sí.

A Anton se le salía el corazón por la boca. Un poco más y se habría precipitado en el vacío.

—En seguida llegamos —oyó decir a Anna.

Como a través de un tupido velo, vio debajo el viejo muro del cementerio. Volaron por encima de él y aterrizaron en la parte trasera del cementerio.

—¿Lo has pasado mal? —preguntó Anna compasiva.



Anton soltó su mano de la de ella.

—No —mintió él.

¡Ella no debía saber que había tenido un miedo de muerte!

—A mí los vuelos con lluvia me parecen apasionantes —declaró ella—. Pero ahora tenemos que buscar a Rüdiger.

Ella iba corriendo delante y él la seguía con las rodillas temblorosas.

De repente Anna se detuvo.

—Mi lápida... ¡Alguien la ha levantado!

Anton tuvo que reírse irónicamente.

—¿De veras? —dijo.

—Sí. Y también han rasgado con las uñas la capa de moho.

Asombrada, estuvo dando vueltas alrededor de su losa. Luego se agachó y sacó la figura de arcilla con un grito de sorpresa.

—Pero si es un vampiro... —exclamó—. ¿Sabes tú cómo ha venido a parar aquí?

Anton sólo se rió irónicamente.

—Aquí dentro hay algo —dijo excitada.

Sacó la hoja y empezó a leer en alto:

Querida Anna, tengo que hablar contigo.

Siento mucho lo de Olga, de verdad.

Anton.

Ella le miró con los ojos muy abiertos y sorprendidos.

—¿Es tuya la carta?

—¿Mía?

¡A Anton le resultaba extremadamente penoso que ella hubiera tenido que leer su carta precisamente ahora!

—Aquí pone tu nombre.

—¿Mi nombre?

—Sí, aquí —dijo tendiéndole la hoja.

—No puedo distinguir nada —repuso reprimiendo la risa: pues, entretanto, la lluvia había emborronado la tinta y lo que había escrito había quedado completamente ilegible..., ¡afortunadamente!

Anna miró fijamente el papel sin poderlo creer.

—Pero si estaba aquí ahora mismo...

Anton se encogió de hombros satisfecho.

—Quizá era una escritura secreta —dijo, y añadió de forma enigmática:

—Además, sea como sea, está demasiado oscuro para leer. Así lo único que consigue uno es estropearse los ojos.

Con una sonrisa de saberlo todo, Anna dobló la carta y volvió a meterla en la figura de arcilla. Luego guardó cuidadosamente la figura debajo de su capa.

—Gracias —dijo mirándole de una forma tan tierna que él se sintió muy raro.

—No es nada —murmuró apocado—. Pero..., ¿no íbamos a buscar a Rüdiger?
—¡Sí, ven!

Penas de amor

Ella echó a andar con resolución y Anton tuvo dificultades para seguirla. La lluvia había amainado algo, pero el suelo estaba tan reblandecido que se le hundieron varias veces sus zapatillas de deporte.

Le asombraba la agilidad con que Anna andaba delante de él. No parecía afectarle para nada el embarrado suelo. ¿Sería por los anticuados zapatos que llevaba?

—¡No tan rápido! —exclamó él...; entonces tropezó y se cayó... ¡Justamente en medio de un charco!

Cuando consiguió ponerse otra vez de pie tenía las manos y los pantalones cubiertos de lodo.

—¿Te has hecho daño? —preguntó Anna preocupada.

—No —gruñó él—. Sólo he tomado un pequeño baño.

Ella se rió entre dientes.

—¿No tenías bastante con la lluvia?

—Es todo para camuflarme —declaró con tanta dignidad como le fue posible—. Para que no se me vean las manos en la oscuridad.

Anna examinó sus manos, se rió y siguió andando. Con los dientes fuertemente apretados se deslizó tras ella. Ahora estaba tan mojado que todo le daba igual.

Cuando llegó a la capilla, Anna torció a la izquierda, entrando en la parte nueva del cementerio, en la que Anton nunca entraba. Los caminos eran allí tan rectos como si los hubieran hecho con regla, y las tumbas parecían escaparates de floristerías.

—¿Crees realmente que Rüdiger está aquí? —preguntó susurrando.

—¿Ves los sauces llorones? —respondió ella también en voz baja.

El asintió.

—Debajo de los sauces hay un banco —prosiguió ella—. A veces se sienta allí cuando tiene problemas.

—¿Es que tiene a menudo..., problemas? —preguntó Anton sorprendido.

—Naturalmente. Como cualquier vampiro normal —dijo ella por respuesta—. Pero la mayoría de las veces son enfados con nuestros padres o con Lumpi. Nada grave. De todas formas, esta vez con Olga...

No siguió hablando. Anton tiritaba de frío.

—Ojalá no sea demasiado tarde —susurró él sintiendo cómo el sólo pensar en ello le oprimía la garganta.

Anna no respondió. Se había quedado parada acechando.

—¿Oyes algo? —preguntó Anton con voz temblorosa.

—No sé... Quizá sea la lluvia..., pero suena como si llorara alguien.

Anton también escuchó ahora atentamente..., pero sólo percibió el murmullo de la lluvia.

—Voy a mirar —dijo ella—. ¡Tú quédate aquí!

Y antes de que Anton pudiera responder, ella desapareció. El se colocó detrás de un seto... y esperó. Los minutos parecían hacerse infinitos.

Finalmente oyó la voz de Anna:

—Anton, ¿dónde estás?

—Aquí —dijo saliendo de su escondite.

—Es Rüdiger —dijo ella susurrando.

A Anton se le quitó un peso de encima.

—¿Y qué? ¿Has hablado con él?

—No. Eres tú quien tiene que hablar con él. Ven, te llevaré hasta allí.

Sonrió animándole. Luego echó a andar delante de Anton, que se esforzaba por no hacer ningún ruido que los delatara.

Así, llegaron hasta los sauces llorones y Anton descubrió al pequeño vampiro. Estaba sentado en el banco como un alma en pena, tenía la cabeza enterrada entre las manos y sollozaba.

Aquella visión era tan deplorable que Anton buscó con la vista a Anna para pedir ayuda..., pero el sitio donde estaba todavía hacía un momento estaba vacío.

Al principio se asustó, pero luego notó una sensación de alivio: ¡seguro que era más fácil hablar con Rüdiger no estando Anna al lado!

Se adelantó un paso y dijo:

—¿Rüdiger? Soy yo...: Anton.

El pequeño vampiro levantó la cabeza y miró fijamente a Anton con ojos pequeños e hinchados por el llanto. Su rostro estaba anegado por las lágrimas... ¿o eran gotas de lluvia?

—¿Qué quieres? —preguntó con voz cansada.

—Yo... —empezó Anton y se cortó.

¿Cómo se consolaba a un vampiro enfermo de amor?

—Yo quería..., o sea, yo sólo quería decirte que... ¡nosotros somos amigos! ¿No? Y amistad significa estar unidos.

—Yo ya no tengo amigos —repuso el pequeño vampiro, y las comisuras de sus labios temblaban—. Estoy solo en el mundo, completamente solo.

Llorando, ocultó la cara entre las manos.

—Sí que tienes amigos —le contradijo Anton—. Me tienes a mí..., y a Anna. Y eso vale más que una soberbia señorita vampiro de Transilvania como ésa, que de buenas a primeras se marcha y te deja en la estacada.

—¿Soberbia? —gritó el pequeño vampiro—. ¿Dejarme en la estacada?

Con lágrimas en los ojos le echaba chispas con la mirada colérico a Anton.

—¡Tú sólo quieres poner verde a Olga!

—¿Yo? En absoluto —aseguró Anton.

En secreto se alegraba de haber conseguido sacar al pequeño vampiro de su lóbrega confusión. ¡De cualquier forma, un Rüdiger insultando furioso era siempre mejor que un vampiro profundamente triste y cansado de la vida!

—¿Y vosotros decís que sois amigos míos? —exclamó ahora el pequeño vampiro saltando indignado del banco—. Anna y tú..., vosotros tenéis la culpa de que Olga se haya marchado.

—Bueno, ¿y qué? ¡Tenías que estar contento! —respondió Anton, bastante a la ligera, como en

seguida comprobó.

El pequeño vampiro soltó un grito desgarrador. Agarró a Anton por los hombros y le zarandeo.

—Tú..., tú... —jadeó—. Como vuelvas a decir eso te...

—¡Ay, me haces daño! —gritó Anton intentando librarse del agarrón del vampiro.

Pero en vano: los flacos dedos del vampiro le sujetaban como tornillos de banco.

—Como vuelvas a decir algo malo de Olga te mato —gritó echándole a Anton en toda la cara su aliento de tumba.

Anton tuvo que toser.

—Olga te iba a dejar de todas maneras —gimió.

—¿Dejarme? ¿Cómo sabes tú eso?

—Porque ella me lo dijo.

Estupefacto, el vampiro dejó caer los brazos.

—¿Cuándo?

Anton respiró profundamente antes de contestar:

—Cuando estuvo en mi casa.



—Bueno, ¿y qué más? —exclamó apasionadamente el vampiro haciendo crujir nerviosamente sus flacos dedos.

Anton hizo esfuerzos por poner una cara seria. Olga, naturalmente, no le había dicho nada por el estilo..., ¡pero quizá así ayudara a Rüdiger a deshacerse antes de sus penas de amor!

—Ella me dijo que iría a visitar a un primo..., de París.

—¿A un primo? ¿De París? —repitió el vampiro—. ¿Y cómo se llama? —preguntó desconfiado.

—Eso no me lo dijo —repuso Anton.

—Ella nunca me había dicho nada acerca de un primo —murmuró el pequeño vampiro—. Y de París tampoco... ¿Tienen siquiera cementerios allí? —se dirigió interrogante a Anton.

—Claro que sí —contestó, añadiendo luego con insolencia:

—Incluso con camas francesas..., digo, ¡tumbas!

—Hummm... —dijo meditando el vampiro—. Eso explicaría la actitud reservada que tenía Olga conmigo... Yo ya tenía la sospecha de que quizá hubiera ya algún vampiro para ella...

—¡Exacto, así es! —corroboró Anton—. Olga quería irse desde el principio con ese primo..., sólo que hasta París el camino era demasiado largo para ella. Por eso hizo una parada intermedia donde vosotros.

Los ojos de Rüdiger se volvieron a llenar de lágrimas.

—Parada intermedia... —dijo con voz ahogada—. Y yo que había creído que...

Rompió a llorar y sacó un pañuelo de su capa.

—Gracias por habérmelo contado todo —dijo y se sonó—. Ahora sé realmente que tú eres mi amigo.

Suspiró profundamente..., luego se fue lentamente de allí, como un sonámbulo.

Antes de que se le hubiera tragado la oscuridad se volvió de nuevo.

—Hasta pronto, Anton —dijo.

—Hasta pronto —contestó Anton en voz baja.

Anton oyó entonces un crujido, y de pronto Anna se encontró delante de él.

—¡Lo del primo de París ha sido una idea estupenda! —dijo.

El se puso colorado.

—¿Acaso has estado oyendo todo?

—Casi todo —contestó ella—. ¡Habéis hablado tan alto...! Pero yo no quería cotillear..., sólo me he quedado cerca para vigilar que nadie os sorprendiera.

—Ahora quiero irme a casa —dijo Anton.

De repente le entró tanto frío que le castañeteaban los dientes.

Anna le miró con ternura.

—¡Te acompaño!



ANGELA SOMMER-BODENBURG. Nacida el 18 de diciembre de 1948 en una localidad cercana a Hamburgo, es una escritora alemana. Estudió educación, psicología y sociología en la Universidad de Hamburgo. Ejerció de maestra durante doce años, dedicándose finalmente a sus dos pasiones, la pintura y la literatura. Ha escrito más de cuarenta libros entre poesía y novela. Su gran éxito han sido las novelas infantiles del pequeño vampiro, de las que ha vendido más de diez millones de ejemplares. Sus obras han sido adaptadas para el teatro, la radio, el cine y la televisión. La película del pequeño vampiro, dirigida por Ulrich Edel, fue estrenada en 2000.

Notas

[1] Juego de palabras. Literalmente: Die Manner von Totenbüttel (Los hombres de «Verdugo de los muertos») y Die Toten von Männerbüttel (Los muertos de «Verdugo de los hombres»). <<

[2] Juego de palabras entre Albert (Alberto) y Albern (bobo). <<

[3] Juego de palabras entre Blasius von Seifensch y Seifenblase (Pompa de jabón) <<